



UN ESTUDIO DIFERENTE

SEGUIDORAS DE JESÚS

COMPILADO POR KEILA OCHOA

Ninguna porción ni parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, de fotocopias, grabación, etc.) sin autorización escrita previa de los editores, excepto en el caso de breves citas contenidas en artículos importantes o reseñas.

Todos los derechos reservados.

D.R. © Grupo Milamex S.A. de C.V.
Matamoros 29, Col. El Carmen,
Coyoacán, CDMX, 04100
México, 2023
milamex@milamex.com

Primera edición en libro electrónico

Escrito y compilado por: Keila Ochoa Harris
Diseño de portada: Adaia Dominique Boche Lucio
Diseño editorial: Frida Karen García Retana,
Paola del Castillo Avendaño

¡Gracias!

Gracias por hacer este estudio con nosotros.

Todas las rutinas de pensamiento las obtuvimos del Proyecto Cero de Harvard Graduate School of Education.

Todas las citas están tomadas de la Nueva Traducción Viviente (NTV).

Agradecemos a Keila Ochoa por escribir este material y a Juliana Morillo, Mayú Guillén, Graciela Rozas, Katherine de Estrada y Carmen Quero por su participación con sus cuentos.

La edición de este material estuvo a cargo del equipo editorial Milamex.

Nuestra gratitud para Frida García por el diseño de este PDF.

Cómo utilizar este estudio

Este estudio pretende ser también una conversación. Te sugerimos hacerlo en grupo. Pero si por alguna razón no puedes hacerlo así, entonces te invitamos a realizar las rutinas de pensamiento en un cuaderno y después compartirlas con alguien, puede ser un familiar o un amigo. Esto enriquecerá tus opiniones y aprendizaje.

Usa una libreta para realizar los ejercicios de **Fusión de vida y fe**, que vienen en los cuadros antes y después de cada lección.

Si eres líder de un grupo, recuerda que tu labor no es hablar todo el tiempo, sino dirigir la conversación para avanzar en el tema y no utilizar más del tiempo acordado para cada sesión. Tu trabajo, en otras palabras, es organizar más que exponer. Deja que entre todas las personas del grupo se alimenten de la Biblia misma y que los distintos cuentos hablen a sus corazones.

Índice

Introducción.....	6
1 El llamado	8
2 La decisión	19
3 La oración	29
4 El equipo	40
5 El servicio	52
6 La convicción	62
7 La humildad	74
8 El amor	84
9 La entrega	95
10 Lascividades.....	106
11 El perdón	116
12 La persecución	126

¿Qué es un discípulo?

La palabra «discípulo» probablemente es demasiado bíblica para nuestros oídos modernos. Sólo la escuchamos en el contexto de la Iglesia, pero no en el día a día.

De hecho, la palabra proviene de *discere* que significa aprender. Hoy diríamos que un discípulo es un estudiante, un alumno o un seguidor.

Aristóteles, por ejemplo, tenía discípulos, hombres que aceptaron sus ideas y ayudaron a difundirlas. Sin embargo, quedarnos allí es limitar nuestro entendimiento de lo que los judíos entendían por este concepto.

Para los personajes bíblicos, seguir a un maestro implicaba más que repetir sus filosofías o adherirse a una escuela de pensamiento. Implicaba «vivir» como su maestro.

Cuando Jesús eligió a sus doce seguidores, pensaba compartir con ellos además de sus pensamientos, la vida misma. Los discípulos no sólo escucharon sus sermones, sino que comieron con Él, viajaron a su lado y lo vieron interactuar.

La vida de estos doce hombres, comunes y corrientes, se transformó de tal forma que otros podían identificarlos como gente que había estado con Jesús, como lo leemos en los Hechos. Los seguidores de Jesús empezaron a romper con muchos moldes sociales y culturales, yendo siempre un paso más allá. Repartieron sus bienes con los pobres. Ricos y humildes se asociaron, y se consideraron hermanos. Dieron su vida por su Maestro.

Estos doce hombres trastornaron el mundo en el que vivan y su influencia continúa al día de hoy.

¿Puedes pensar en algunas personas que admiras? Tal vez actúan bien en las películas o su música te inspira. Pudiera ser que luchan por los derechos de los demás o imponen la moda. Estos doce hombres no hicieron ninguna de estas cosas, eran pescadores y agricultores, que luego salieron a hablar a quien quisiera escuchar sobre Jesús, su Maestro.

Pero no volvieron a ser los mismos. No regresaron a sus redes ni a sus pequeñas aldeas. Predicaron con valor las Buenas Noticias que nos recuerdan que, si bien el pecado nos separa de Dios, Jesús vino a ser el puente entre nosotros y la santidad del Señor. Anunciaron por todos lados la cruz, el lugar donde Jesús dio su vida para librarnos de nuestros pecados, repitieron sin cesar que Él había resucitado, y a pesar de las amenazas, no dejaron de hacerlo.

Seguir a Jesús cambia la vida. Ser su discípula no consiste en orar antes de los alimentos o ir al templo los domingos. Seguir a Jesús implica creer de todo corazón que Él es quien dice ser: Dios mismo. Y en esa confianza, nos invita a ser más como Él cada día.

¿Eres discípula de Jesús? Queremos compartir contigo este estudio bíblico diferente. En cada lección, leerás una característica de una seguidora de Jesús. Te invitamos a leer los pasajes bíblicos y contestar las preguntas para profundizar en lo que Dios dice en su Palabra.

Después, te compartimos un relato inspirado en la vida de alguno de los doce discípulos, haciendo eco a la lección del día y para recordarnos que vale la pena seguir a Jesús. Son doce relatos de chicas que decidieron seguir a Jesús, sin importar el costo; chicas comunes y corrientes, pero que trastornan el mundo en el que viven.

¿Comenzamos?

1

El llamado



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Proyectar a través del tiempo

1. *¿Qué sabes sobre el tema de seguir a Jesús?*
2. *¿Cómo ha cambiado el seguir a Jesús en los últimos 10 años?*
3. *¿Cómo ha cambiado el seguir a Jesús en los últimos 100 años?*
4. *¿Cómo ha cambiado el seguir a Jesús en los últimos 2,000 años?*
5. *¿Cómo será seguir a Jesús en 10 años?*
6. *¿Cómo será seguir a Jesús en 100 años?*
7. *¿Cómo será seguir a Jesús en mil años?*
8. *¿En tu contexto cómo se ve el seguir hoy a Jesús?*

Doce hombres comunes y corrientes, vivían en sus aldeas y llevaban a cabo sus oficios diarios. Algunos eran pescadores, otros comerciantes y unos más quizá estudiosos. Ninguno de ellos sospechaba que un día su vida cambiaría de manera radical. Posiblemente todos ellos, en algún momento, se sintieron como tú y como yo: insignificantes, demasiado comunes y corrientes, poniendo un pie tras otro para andar por la vida.

Entonces, un día llegó Jesús. ¿Qué sabían de Él? Muy poco. Tal vez sabían que provenía de Nazaret, que era pariente de Juan el bautista, que su madre era María o que trabajaba de

carpintero. Pero no sabían mucho más. Y aun así, lo siguieron. ¿Por qué? Porque Él los llamó.

Del mismo modo, quizá tú ya has experimentado el llamado de Jesús o ésta será la primera vez que lo recibas. Analicemos cómo nos llama el Señor.

En primer lugar, ¿quién elige a quién?

Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes.
(Juan 15:16a)

Algunos de los discípulos escucharon a Jesús ¿y qué decidieron hacer?

Cuando los dos discípulos de Juan lo oyeron, siguieron a Jesús.
(Juan 1:37)

A otros, Jesús los llamó directamente. Por ejemplo:

Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre llamado Mateo sentado en su cabina de cobrador de impuestos. «Sígueme y sé mi discípulo», le dijo Jesús. Entonces Mateo se levantó y lo siguió.
(Mateo 9:9)

Al día siguiente, Jesús decidió ir a Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: «Ven, sígueme».
(Juan 1:43)

Unos más recibieron el llamado por medio de amigos y parientes. ¿Quiénes?

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de estos hombres que, al oír lo que Juan dijo, siguieron a Jesús. Andrés fue a buscar a su hermano Simón y

Seguidoras de Jesús

le dijo: «Hemos encontrado al Mesías» (que significa «Cristo»)… Felipe fue a buscar a Natanael y le dijo: —¡Hemos encontrado a aquel de quien Moisés y los profetas escribieron! Se llama Jesús, el hijo de José, de Nazaret.

(Juan 1:40-41, 45)

¿Y cómo reaccionaron los discípulos a este llamamiento?

Y, en cuanto llegaron a tierra firme, dejaron todo y siguieron a Jesús.

(Lucas 5:11)

Pero antes de que te desanimes, no todos fueron tan rápidos en sus decisiones. De hecho, por lo que entendemos del texto, Andrés y Pedro ya conocían a Jesús, pero por alguna razón volvieron a sus barcas a pescar y Jesús tuvo que ir de nuevo por ellos, hacer un milagro y llamarlos a seguirlo.

Otros, como Natanael, también titubearon. ¿Cuál fue su primer obstáculo?

—¡Nazaret! —exclamó Natanael—. ¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?

—Ven y compruébalo tú mismo —le respondió Felipe.

(Juan 1:46)

Sin embargo, algo de lo que dijo Jesús hizo que Natanael se detuviera en seco. ¿Qué fue?

—¿Cómo es que me conoces? —le preguntó Natanael.

—Pude verte debajo de la higuera antes de que Felipe te encontrara —contestó Jesús.

(Juan 1:48)

¿Cómo es que para Natanael resultó tan revelador que Jesús lo viera debajo de la higuera? ¿Sería que Natanael creía que estaba solo o escondido?

Lo cierto es que estuvo dispuesto a seguirlo. Hoy tú puedes ser discípula de Jesús también. Como a esos hombres del primer siglo, Él sigue invitándonos a seguirlo. ¿Has aceptado su invitación? ¿Lo sigues?

Quizá tu pregunta es: ¿A qué me llama? ¿Para qué quiere que lo siga?

Supongo que los hombres del primer siglo tampoco estaban tan seguros de a qué los llamaba Jesús. Lo veían como un maestro y tal vez anhelaban aprender, a Pedro le dijo que pescaría hombres. A Mateo no le dio muchos detalles, sin embargo, algo vieron estos hombres en Él, que hizo que dejaran todo.

Si aún no conoces a Jesús, esperamos que en estos estudios puedas comprender un poco más de quién es Él y que esto te anime a seguirlo. Si ya lo sigues, esperamos que te ayuden a afianzar tu decisión.

Algo es definitivo, cuando sigues a Jesús, ya nada es igual. Seguir a Jesús implica dejar todo, pero también recibir lo que nadie te podrá quitar jamás: el perdón de tus pecados y la vida eterna.

Quizá hoy sigues a muchas personas famosas en las redes sociales. Artistas y deportistas nos invitan a «seguirlos», sin embargo, ¿qué harías si entre todos esos perfiles encontraras el de Dios? Sí, el Dios creador de todo el universo. Él no necesita Instagram o Tiktok para hacerse presente.

Su creación es parte de la invitación que nos hace a seguirlo y adorarlo. ¿Lo haremos?

Las palabras en Mateo son para nosotras también:

Jesús los llamó: «Vengan, síganme, ¡y yo les enseñaré cómo pescar personas!».

(Mateo 4:19)

Terminamos hoy con el cuento de Nataly. Quizá su experiencia sea muy parecida a la tuya. ¿Cómo decidió seguir a Jesús?



Los años de Nataly

POR KATHERINE DE ESTRADA

Los 5 – la emoción

No le daba miedo la oscuridad como a las demás niñas. Sus papás no la dejaban ver películas de miedo y siempre le hablaban del amor de Dios. Quizás eso influía en su percepción del mundo, porque con cinco años tenía la extraña y agradable sensación de que siempre estaba acompañada.

Conforme el tiempo pasaba, ella se daba cuenta de que entre mejor se comportaba, más la querían. Así que aprendió que era mejor obedecer que desobedecer; sentarse que correr, y comerse sus vegetales sin protestar. No tardó mucho tiempo en ser querida, apreciada y aprobada por los demás. Le gustaba su vida. Le agradaba que la pusieran como ejemplo. Le gustaba que hablaran bien de ella y ser el centro de atención.

También le gustaba su familia. Al ser hija única, parecía que la vida de sus padres giraba alrededor de ella. Ellos se esforzaban en cuidarla mucho. Nunca la dejaban sola. Se turnaban para acompañarla y no se molestaban por cancelar sus planes si ella necesitaba terminar una tarea. Eran unos «buenos» padres. Es más, a Nataly le parecía que eran los padres «perfectos». Jamás los veía discutir y todo lo que hacían con ella parecía alegría y diversión.

Cuando empezó la escuela era un poco despistada. A veces olvidaba hacer sus tareas, pero su madre la obligaba a terminarlas. No le molestaba hacer sus deberes, pues se daba

cuenta de que, aun si los hacía tarde, recibiría una felicitación. Y si obtenía buenas calificaciones, podría ganar un regalo extra.

A esas alturas había aprendido que las acciones buenas tendrían recompensas buenas, y las malas consecuencias malas.

Los 10 – el aburrimiento

Conforme los años pasaban, Nataly empezaba a sentirse un poco perdida. Se percataba de que no todos la querían, aunque hiciera lo que le habían enseñado como «bueno». Especialmente en la escuela, se enojaban con ella cuando le pedían «copiar» en el examen y ella no compartía sus respuestas. Ya no se sentía siempre acompañada, y de vez en cuando hasta le daba miedo que le pudieran robar o hacer una broma desagradable.

Sin embargo, encontraba cómo lidiar con esos sentimientos. Supo que podía escoger amigas que la protegieran. Esto sucedía si estaba dispuesta a ser «buena» con ellas, ayudándoles con alguna tarea. Así que, aunque no tenía muchas amigas, Nataly creía que las pocas que tenía la querían de verdad, y en ese caso ella estaba dispuesta a ayudarles con lo que ellas no podían.

Por otro lado, sus padres la querían, pero ella no disfrutaba tanto el tiempo que pasaban juntos como antes. Constantemente se aburría, en especial si le hablaban de Jesús.

A veces la dejaban sola, y aunque tenía más sueño de lo normal, tendía a permanecer despierta mientras pensaba sobre el futuro. Tenía el impulso de impresionar a sus conocidos. De esa forma quizás la querían más. Así que le gustaba imaginar que lograba cosas grandes.

A los diez años no se decidía entre ser presidente, dentista o veterinaria. Quería ser alguien interesante, pues la mayoría de las personas a su alrededor le parecían muy comunes para su gusto.

Los 13 – la desconfianza

Una mañana escuchó discutir a sus padres y notó que su mamá subía el tono de voz. Ellos no se dieron cuenta de que los escuchaba y ella no quiso indagar cuando la vieron entrar. No entendía por qué sus papás le decían que no subiera la voz si ellos lo hacían. Eso no tenía sentido. Para ella sólo había que «portarse bien» y ya. Tal vez sus padres no eran tan buenos como ella creía.

Una semana después, Sofía, su mejor amiga, le contó que había visto a su propia mamá besar a alguien que no era su papá. También supo que sus propios tíos entrarían en un proceso de divorcio y que sus primos debían decidir con quién irse. Nataly se consolaba pensando que había peores padres que los suyos.

Cuando cumplió trece años, a las tres de la mañana, despertó por los gritos de sus padres que discutían. No se atrevió a salir de la habitación, pero como ya no pudo dormir se puso a pensar en toda su familia, y para su sorpresa se dio cuenta de que todos tenían problemas. La vida era muy diferente de como se veía hace unos años.

Antes, todo parecía perfecto y ahora todo se desmoronaba. Estaba decepcionada de la vida. Seguido se preguntaba: ¿existirá Dios realmente?, pero se sentía mal por cuestionárselo y trataba de ocupar su mente en algo más. No obstante, ella sabía en el fondo de su corazón que ya no tenía fe.

De todas formas, Nataly se propuso esforzarse por ser «buena» aunque todos fueran «malos». Era una estudiante sobresaliente y una buena deportista. Conseguiría una beca y se iría lejos, donde pudiera estar en paz. Anhelaba convertirse en alguien importante y sentirse mejor. De esa forma la admirarían y la querrían más. Los demás podrían aprender de su ejemplo y eso también la llenaría de satisfacción.

Los 15 – la autoconfianza

A los quince años consiguió un patrocinio para estudiar una carrera preuniversitaria en una buena academia. Se mudó a una residencia porque la casa de sus padres estaba muy lejos de allí. Se sentía libre con todos los cambios. Podía hacer lo que quisiera sin que la supervisaran. No era una academia cristiana, así que no tenía tantas reglas como en su familia religiosa. Pero de todas formas ella se consideraba una joven «bien portada».

Aun así, divertirse un poco no era algo «malo», así que salía de parranda una vez a la semana con sus amigas. No se emborrachaba ni consumía drogas, aunque sus amigas lo hacían, pues creía que lo mejor era estar sobria para poder pedir el taxi de regreso a la residencia. Sus padres no lo sabían, pero ¿de qué serviría decirles? Sólo se preocuparían. Además, si les decía, quizás no comprenderían que ella tenía todo bajo control.

Sofía no era tan buena estudiante como Nataly, así que seguido ella terminaba haciéndole sus tareas. Sabía que eso no era correcto, pero pensaba que era lo mejor para su relación, y así salvaría la carrera de su amiga. Además, Sofía estaba agradecida con Nataly, y el hecho de verse «apreciada» e «importante» en su vida era suficiente para ella. Sentía que eso la hacía ser «alguien».

Un día Nataly y Sofía fueron a hacerse un examen de orina. Como ambas eran deportistas, debían enviar sus resultados demostrando que estaban libres de sustancias dopantes, para pedir una beca universitaria. Estando en el laboratorio, Sofía le pidió que fuera ella quien diera la muestra. Nataly no quería, sabía que eso era mentir y le desagradaba la idea, pero se convenció que de no hacerlo arruinaría la carrera de su amiga, y por tanto era mejor «ayudarle».

Los 17 – la fe

Con apenas una semana en la universidad, Nataly recibió una llamada de madrugada de parte de los padres de Sofía. Ella estaba en el hospital por una sobredosis. Ellos no se explicaban

cómo una niña tan buena como Sofía tenía problemas con las drogas. ¡Hasta había demostrado hace poco en sus análisis que estaba limpia!

Tan pronto como le permitieron recibirla, Nataly llegó al hospital y pudo ver a Sofía mientras dormía. Los padres le pidieron que les dijera todo lo que supiera acerca del problema de su hija. Nataly no sabía qué hacer: si les decía la verdad sería desleal hacia Sofía, pero ocultarlo podría ser peor.

Les dijo la verdad. Les mencionó que ella había dado la muestra para los exámenes de Sofía, y que cada semana iban juntas a una discoteca donde se divertían sólo un poco para desestresarse de los estudios. Ella trataba de cuidar a Sofía pidiendo el taxi de regreso y ayudándole a completar sus tareas.

Nataly estaba preocupada por Sofía, pero estaba convencida de que había hecho lo mejor que podía por ella y de que sus padres se lo agradecerían. Pero los padres de Sofía no parecían agradecidos por su cuidado hacia su hija. Es más, estaban espantados al darse cuenta de todo lo que salía de la boca de Nataly.

Mientras hablaba se dio cuenta que sus mejores deseos no eran suficientes. Por primera vez se dio cuenta de que aun cuando ella pensaba que estaba haciendo algo bueno, estaba haciendo algo malo. Por primera vez en su vida experimentaba la culpa. Por primera vez se veía mala. No sólo todos los que conocía se equivocaban, ella también. Había confiado que era una buena persona, pero no lo era.

Se despidió de los padres de su amiga y regresó avergonzada para buscar un taxi de regreso a la residencia. Iba con los ánimos por los suelos y su mente en blanco. Tenía una mezcla de sentimientos de desdicha, culpa y falta de pertenencia.

Camino de vuelta, el taxista cantaba con mucha alegría «Dios hace a los malos buenos, Cristo Jesús es suficiente».

—¿Dios puede hacer a los malos buenos? —preguntó.

—Claro, en eso mostró Dios su amor: en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

Estas palabras dieron vueltas en la mente de Nataly todo el día. Ella no se veía buena, y entre más lo consideraba, más se daba cuenta de que no se trataba sólo del evento con Sofía. Siempre había querido ser aceptada y amada. Había hecho lo que fuera con tal de percibirse así; pero había sido mala.

Pretendía ser buena y no se daba cuenta de su propia maldad. Cuando alguien le mostraba cariño o aprobación ella se sentía segura, pero esto la había llevado a un sentido falso de rectitud propia.

Oró a Dios, oró a Jesús: «Sé que no me puedo limpiar a mí misma, pero entiendo que tú eres bueno y me puedes transformar. Límpiame de mi maldad».

Los 18 – la paz

Nataly se sintió perdonada. Nataly supo que Dios la amaba, no por lo bueno o malo que ella había hecho, sino porque lo que Jesús había hecho era suficiente. Ella comprendió que Jesús era importante, pues su sacrificio demostraba que ella era amada.

Nataly entendió que ella podía sentirse amada y segura, no por lo que hacía o porque otros le demostraran afecto, sino porque se sabía amada por Dios, porque el sacrificio de Jesús le recordaba su gracia y su gran afecto por ella.

Nataly sabía que su propio estándar de justicia no sería suficiente, tendría que cambiar su forma de pensar. Necesitaría seguir a Jesús cada día. Ella no sabe qué le espera, pero sí sabe que lo que necesita es seguir a Jesús.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Algo similar le pasó a uno de los doce discípulos de Jesús. Cuando Jesús encontró a Natanael, le dijo: «Natanael, un

hombre en quien no hay engaño». Pero Natanael necesitó aprender a no confiar en su propia justicia, sino en la de Jesús. Natanael necesitó aprender a seguir a Jesús y a recibir aprobación sólo de Él.

Una actividad para reflexionar: En tu libreta divide la hoja en dos columnas. De un lado pon la opción: seguir a Cristo. Del otro lado: no seguir a Cristo. Haz una lluvia de ideas en cada lado sobre:

1. Los beneficios de esa opción.
2. Lo que perdería en caso de no elegir esa opción.
¿Qué concluyes?

2

La decisión



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Da un paso adentro

Piensa en Judas Iscariote.

1. *¿Qué crees que pensaba o percibía?*
2. *¿Qué crees que sabía o en qué creía?*
3. *¿Qué cosas piensas que le importaban?*

Como ya hemos estudiado, Jesús nos llama. Nos invita a seguirlo. Sin embargo, esta es una relación bilateral. Tú y yo tenemos que aceptar.

Quizá uno de los discípulos que más nos incomodan o llaman la atención es Judas Iscariote. ¿Cómo fue posible que después de estar tres años con Jesús, lo traicionara? ¿Era o no era un discípulo?

Descubramos un poco más de su vida.

No sabemos bajo qué circunstancias lo llamó Jesús. Aparece en la lista con los doce desde el principio, aunque observa lo que los evangelistas comentan:

Judas Iscariote (quien después lo traicionó).

(Mateo 10:4)

Judas Iscariote (quien después lo traicionó).

(Marcos 3:19)

Seguidoras de Jesús

Judas Iscariote (quien después lo traicionó).

(Lucas 6:16)

Entonces Jesús dijo:

—Yo los elegí a ustedes doce, pero hay uno de ustedes que es un diablo.

Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, uno de los doce, quien más tarde lo traicionaría.

(Juan 6:70-71)

Jesús, desde el principio, sabía que Judas actuaría como un seguidor, andaría como un seguidor, comería como un seguidor, probablemente hablaría como un seguidor, pero no sería un seguidor.

¿Qué nos quiere decir esto? Que puedes ir a la iglesia, cantar los himnos, recitar los versículos, orar bonito, e incluso pensar que sigues a Jesús, sin realmente hacerlo. ¿Cómo es esto posible?

Recordemos que Dios nos llama a seguirlo, pero nosotras debemos decir «sí», principalmente en el corazón. Judas quizá pensó seguir a Jesús porque le gustaba su estilo o sus enseñanzas, quizá le emocionaba cómo retaba a los fariseos. Pero no creyó en Jesús como el Hijo de Dios. No lo vio como alguien superior a los demás. No entendió que Jesús era Dios mismo hecho carne.

Millones de personas hoy detestan a Jesús. Millones, también, dicen admirarlo como un buen hombre, un buen maestro o un ejemplo moral. Al igual que Judas, se quedan cortos en su apreciación.

La respuesta a si eres o no seguidora de Jesús, sólo la encontrarás en tu propio corazón. ¿Crees que Jesús es el único que te puede salvar? ¿Lo aceptas como el Dios que debe regir tu vida?

Quizá lo más fácil es preguntarle esto al mismo Jesús. ¿Qué le preguntó Judas?

*Judas, el que lo iba a traicionar, también preguntó:
—¿Seré yo, Rabí?
Y Jesús le dijo:
—Tú lo has dicho.*

(Mateo 26:25)

Jesús le dijo inmediatamente: «No eres mi seguidor». ¿Tú se lo has preguntado?

Ahora debemos mencionar un peligro. Si tu manera de definir si eres seguidora de Jesús se basa en tu comportamiento, puedes continuar en el engaño. Recuerda que si bien Judas traicionó a Jesús, el resto de los discípulos lo abandonaron, Pedro lo negó y todos se escondieron. Sus hechos, en ese momento, no concordaron con sus palabras.

Sin embargo, los apóstoles se arrepintieron. ¿Qué hizo en cambio Judas?

Cuando Judas, quien lo había traicionado, se dio cuenta de que habían condenado a muerte a Jesús, se llenó de remordimiento. Así que devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos.

(Mateo 27:3)

Entonces Judas tiró las monedas de plata en el templo, salió y se ahorcó.

(Mateo 27:5)

Remordimiento no es lo mismo que arrepentimiento. Arrepentirse es reconocer lo terrible que hemos hecho y decidir dar un giro de 180 grados. Remordimiento es lamentar que nos atraparon con las manos en la masa, pero no es dar realmente el peso de maldad a nuestras acciones.

¿Te has arrepentido de tus pecados ante Dios?

Seguidoras de Jesús

Además, Judas se ahorcó, se quitó la vida por mano propia. Aunque estuvo tres años con Jesús, no lo llegó a conocer lo suficiente para saber que Jesús es un experto en perdonar y dar segundas oportunidades. Jesús, sin lugar a dudas, lo hubiera recibido de vuelta con los brazos abiertos si Judas lo hubiera querido. ¿Cuál es la intención del corazón de Dios?

En realidad, no es que el Señor sea lento para cumplir su promesa, como algunos piensan. Al contrario, es paciente por amor a ustedes. No quiere que nadie sea destruido; quiere que todos se arrepientan.

(2 Pedro 3:9)

Si aún no crees en Jesús, si aún no lo sigues, ¿qué esperas? Confiesa tu pecado, ven a Él, acepta su invitación. Si rechazas a Jesús, te puede pasar lo mismo que a Judas. ¿Qué observas en estos versículos sobre el corazón y actuar de Judas? ¿Cómo fue hundiéndose cada vez más?

No es que a Judas le importaran los pobres; en verdad, era un ladrón y, como estaba a cargo del dinero de los discípulos, a menudo robaba una parte para él.

(Juan 12:6)

Cuando Judas comió el pan, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: «Apresúrate a hacer lo que vas a hacer».

(Juan 13:27)

Así que Judas se fue enseguida y se internó en la noche.

(Juan 13:30)

La decisión es tuya. Sigue a Jesús. No sea que empieces a mostrar estas señales y te importen menos los demás, y que

permitas que Satanás te incite a lo malo y te internes en la noche.

Te compartimos ahora el cuento de Jacky, quien tuvo en poco ser una elegida.



El último juego

POR CARMEN QUERO

—Mira, ya estoy grande y mi mente no es tan rápida como antes. Voy a necesitar que alguien se encargue de los papeles del Club. Vos sos la más adecuada para ayudarme con los números.

—¿Yo? ¿Por qué me tenés esa confianza tan grande si apenas nos conocemos? Ni mi viejo, el gran rabino de Once mostró tanta confianza en mí. Me das gracia.

—¡Tenés toda la razón! Un noble rabino y gran ser humano tu papá. Conozco a Simón desde que los dos frecuentábamos los bailes de la juventud en la Colectividad Israelí. ¡Qué tiempos aquellos! Gran tipo tu viejo. Hasta el día de hoy no entiendo que un italiano como yo se encontrara tan a gusto entre los Moishes. ¡Ja!

—Sí, algo me contó. Amigos multirraciales en esos bailes del siglo pasado... Me hubiera gustado tener amigos así de raros e íntimos, como eran ustedes.

—Bueno, eso se puede cultivar, y hacer crecer, como las verduras. Y eso que decís... no sé qué tanta confianza en vos pudo haberle faltado... Los padres no siempre aciertan en su mirada sobre los hijos. Pero nosotros los entrenadores tenemos un ojo clínico, y, créeme, vos sos la chica correcta para la administración de nuestro Club. ¡Vamos! ¡No te achiques!

Nuestro club era el más destacado en Buenos Aires. Además, el más antiguo, con sus comienzos en una época en que

nadie dedicaba esfuerzos al vóleibol femenino. Gracias a Jess, el «trotamundos», como le decíamos (porque nadie conocía su verdadero origen, sólo sus infinitas vueltas por el mundo), nosotras, las mejores jugadoras de la provincia, teníamos un lugar para crecer y descollar. Se lo debíamos a él: el entrenador.

Acepté el «laburo» y pasé a ser su asesora contable y persona de mayor confianza, a cargo de los balances y teneduría de libros del Club Juvenil Las Águilas, también Asociación de Vóleibol Femenino de la ciudad de Buenos Aires. Mirábamos hacia un futuro glorioso de sueño: la Selección Femenina de Vóleibol de Argentina. Todo estaba por conquistarse.

—¡Llegarás lejos, mi querida Jacqueline!

Remarcó con énfasis mi nombre, siempre me decía cuánto le gustaba. A mí no. Procede de la lengua hebrea, en honor a ese Jacob «el engañador», de la Torá. En mi opinión, nada de mi origen judío resulta a mi favor. Los judíos no son bien vistos por la gente, en sentido general.

Hay mucho prejuicio étnico en este país. Me dijeron que son impresiones mías, que no haga caso y me muestre tal cual soy; que ya voy a encajar entre mis pares. Lo cierto es que, por mucho que me esfuerce, hay una parte de mí que no le gusta a la gente. Sé que siempre será así.

Sin embargo, este año algo pasó que me hizo dudar del viejo malestar. En la universidad me asignaron un trabajo acerca de los rabinos más destacados de la historia hebrea.

Uno de los textos para la clase de inglés fue *One Final Meal Together. The longest night of Jesus' life* (Una última comida juntos: la noche más larga de la vida de Jesús). Se trata de una reseña de los episodios finales en la vida del Rabí nazareno. Debo confesar que el hecho de no ser cristiana no me privó de un cúmulo de sensaciones raras que despertó en mí la lectura. Pero no era tanto por aquel personaje remoto, como por las semejanzas con Jess, mi entrenador.

Un fragmento en el que me detuve expresaba que no dejaran que nadie les inquietara el corazón ni tuvieran miedo.¹

La muerte (anunciada y presente más que nunca en esa noche álgida) no era algo extraño a la humanidad. Tampoco lo era para esos once hombres que lo amaban, y lo habían seguido por tres años y medio. «La muerte convivió con nosotros desde el minuto uno después del principio: nuestra fiel camarada. Nuestra realidad».

Pero esta muerte que se aproximaba marcaría la diferencia con lo cotidiano. Y lo habitual se volvería un faro de guía. Una muerte en la cual gloriarnos, y alegrarnos. Una muerte puente. Un salvoconducto. Y lo más importante: un Hombre invencible enfrentando lo invencible.

¿Cómo puede un relato que menciona la palabra «muerte» más de lo esperado, transmitir esperanza, y hasta cierta alegría? Ese planteo me sacudió las fibras... pero lo olvidé al otro día. Tenía que seguir con mis cosas, mi vida.

Cosas como cuánto me fastidiaba mi entrenador. Un día cualquiera lo traicionarían y él seguiría sonriendo a sus traidores. Jess me contó que lo habían estafado los del seguro, al no reintegrar una suma importante por dos jugadoras lesionadas, y que tuvo que reponer de sus fondos personales los gastos en el hospital privado.

Le reclamé su falta de energía para demandar sus derechos, a lo que respondió que lo más importante no era el dinero, ni sus derechos (concretos y reales) sino la vida de sus jugadoras.

—¡Esos ahorros son tu futuro en la vejez! ¡Jess! Ni familia tenés para una ayuda que puedas necesitar. Realmente no entiendo tu filosofía. Yo lo hubiera resuelto mejor, y sin perder ni un peso. No soy de las que se quedan quietas mientras me saquean. Realmente me da bronca este asunto.

—¡Ah! ¡Vamos! Tanto tiempo que hemos compartido y todavía no sabes quién soy, tantas lecciones que te he enseñado, no solamente en lo deportivo. Te he querido y cuidado como

¹ Paráfrasis de Juan 14:27

un padre, como el amigo fiel que buscabas sin hallarlo en cada persona cercana. ¿Crees que no tengo un lugar donde caerme muerto? En mi casa, de donde vengo, tengo gente que me quiere bien. No he llegado aquí mendigando afecto, sino dándolo. ¡Pero nada te es suficiente, chinita!

Aquel fue el último diálogo real. Era verdad cada palabra. Yo lo entendía con mi cerebro, pero un falso contacto en mis circuitos interiores interrumpía la corriente al corazón. Éste se encontraba congelado, tenebroso, como la última noche que lo vi. No le daría más el lugar que merecía... El poema de Vinicius de Moraes ponía las palabras justas para definirlo: «mi amigo nunca superable, mi inseparable enemigo», ¡Jess!

Una vez lejos, a más de quince mil kilómetros de Buenos Aires, leí en La Nación que el entrenador de la Asociación de Vóleybol Femenino había sido arrestado por una descomunal estafa a los asociados. Pobre viejo. No se merecía comerse ese garrón.²

Cuando vean su buena conducta, suspiré, lo soltarán. Esa plata me era imprescindible para alejarme de una vida mediocre, para probar el Nuevo Mundo...

Aquella primera noche en el otro continente no pegué un ojo. El hotel, de cuatro estrellas «bien puestas», se sentía húmedo y hediondo. Una punzada en el pecho me inquietó.

«Me dijiste hasta el cansancio que nadie es castigado a menos que lo merezca. Si te castigan es porque sos culpable... ¡Pero vos sos inocente! Te imagino encerrado, con sed y frío. Yo aquí en este cuarto asfixiante, tampoco puedo respirar. Intento ignorar la confusión. Estoy segura de que, con esa suerte que te acompaña siempre, conseguirás zafarte del juez y de toda sentencia. Sos ingenuo, pero tenés “un Dios aparte”. ¡Qué miserable lugar que vine a elegir! Mañana me mudaré a otro hotel más caro».

² Expresión que se refiere a lo que soporta alguien ante una situación desagradable que se le plantea de manera inesperada.

Al otro día, yo, la mejor jugadora del equipo de Jess, la más talentosa y rápida, con el crédito en la tarjeta dorada alquilé un auto de alta gama. Con un *pack* de cerveza como acompañante en el asiento derecho, salí a la carretera de montaña. Pisé el acelerador, y cerré el corazón, unos minutos antes de cerrar los ojos.

«No te he seleccionado para que te detengas. Has sido elegida para extenderte hacia adelante. ¡Sí! ¡Lo hubieras logrado! ¡Si tan sólo me hubieras creído! Jacky... ¿Qué es lo que dicen los abogados sobre números en rojo y estafas? Vos tenés que poder explicar la verdad de nuestra manera honesta de proceder».

La voz, sin una pizca de rencor, me sigue. ¿Por qué es así?

«Soy el que soy. Fiel a mis decisiones y afectos. Me propuse tenerte cerca, ser tu guía en cada detalle. Te llamé porque te quise a mi lado. ¿Alguien alguna vez te ha tratado así? No me arrepiento de haberte elegido con las demás. Fuiste honorablemente una del equipo. Fuiste una de mis más cercanas jugadoras. Juntos éramos imparables.

»Pero hay un detalle: la elección es bilateral. Yo elijo. Y llamo. Vos decidís también, ir hacia el llamado. ¿Cuál es tu llamado, Jacky? Hacia él corrés. Te moverás al latir de tu ser más íntimo. Está muy claro que ni yo, ni el equipo, estamos en esa profundidad».

En un instante atravesó mi mente el cometa de una etapa demasiado corta. Tres años atrás, el día de la clasificación, cuando fui seleccionada para la gran competencia y decidí que probaría quién soy.

Ahora escucho el eco de esa última palabra que me dirigiera: «mi elegida». Y por última vez, el timbre de su voz.

Tristemente soy otra, a años luz de quien él imaginó en sus delirios. Acelero. Ya no hay retorno. Me duele en el pecho cada milla que vuela, pero no me detengo. No hay freno alguno al alcance.

Al continuar voy dejando de ser una elegida, para ser una indiferente. Conspiradora. Ingrata. Enemiga.

Yo me alejo, pero él sigue ahí. Plantado en el piso de *parquet* de nuestra cancha, junto a nuestra red, con su mirada que desafía, que afirma, que convoca. Toda una oportunidad. Una propuesta estupenda.

No volví a mirar atrás, ni escuché nada más. El eco de la eternidad se ha perdido. Y yo en él.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

La vida de Judas Iscariote siempre nos trae preguntas y tristeza. Pero cuando el mundo, la vida o tu ambiente, te ofrecen treinta cosas que brillan a cambio de tu Maestro y Señor, piensa: ¿cuánto pierdo al aceptar su propuesta?

Luego, pon una meta en tu conciencia y en tu alma: «Hay un Dios que me elige, quien conoce mi potencial, y cómo sacar lo mejor de mí. Seguiré sus reglas, su consejo experto. No son difíciles. No fallan». Mientras viajas hacia ese objetivo, sé meticulosa, precisa y alerta. Pero resuelve el asunto deprisa, con los tantos a tu favor. ¡Atrévete a ganar el último partido!

Conecta, amplía, desafía:

1. ¿Cómo se conecta lo que leíste con algo que ya sabías?
2. ¿Qué ideas nuevas tienes sobre la decisión o la vida de Judas?
3. ¿Qué es desafiante o confuso para ti sobre lo que leíste hoy?

3

La oración



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Puntos de la brújula

- *Norte: ¿Qué te entusiasma sobre la oración?*
- *Sur: ¿Qué obstáculos encuentras para orar?*
- *Este: ¿Qué más necesitas saber sobre la oración?*
- *Oeste: ¿Qué sugerencias tienes para los que quieren orar más?*

¿Te imaginas pasar un día entero con Jesús? ¿Qué harías? ¿Qué le preguntarías? ¿Sobre qué temas conversarían? Los apóstoles vivieron tres años con Él y seguramente tuvieron muchas oportunidades de charlar en grupo y de manera individual. ¿Qué habrán preguntado?

Conocemos algunas de esas preguntas: «Señor, ¿cuántas veces debo perdonar al que peca contra mí?», «¿Cómo es posible todo esto?», «¿Dónde podemos comprar pan para alimentar a toda esta gente?», «¿Adónde vas?».

Sin embargo, Jesús sabía que no estaría mucho tiempo con sus seguidores. Pronto moriría, resucitaría y regresaría al Padre. Así que debía enseñarles a orar, la forma de comunicarnos con Dios. ¿Cómo hacerlo? Con el ejemplo.

Los discípulos, desde el principio, se sorprendieron de cómo su Maestro oraba. En los primeros días de su ministerio, ¿qué nos describe Marcos en su evangelio?

Seguidoras de Jesús

A la mañana siguiente, antes del amanecer, Jesús se levantó y fue a un lugar aislado para orar.

(Marcos 1:35)

Dice el evangelista que los apóstoles salieron a buscarlo. Sin duda aprendieron que cuando no lo veían por ningún lado, de seguro se había apartado para orar.

Muchas veces Jesús elegía alejarse para conversar con el Padre por períodos largos. Mateo menciona:

Después de despedir a la gente, subió a las colinas para orar a solas. Mientras estaba allí solo, cayó la noche.

(Mateo 14:23)

Tanto impresionó la vida de oración de Jesús a sus seguidores, que quisieron imitarlo. ¿Qué aprendemos de esta interacción?

Una vez, Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos se le acercó y le dijo:

—Señor, enséñanos a orar, así como Juan les enseñó a sus discípulos.

(Lucas 11:1)

Jesús les mostró entonces el Padre Nuestro como un modelo para orar, no una fórmula mágica. De hecho, les explicaría más sobre la oración en otras ocasiones.

¿Qué nos enseñó Jesús sobre la oración?

¡Ora por los que te persiguen!

(Mateo 5:44b)

Cuando ores, no hagas como los hipócritas a quienes les encanta orar en público, en las esquinas de las calles y en las sinagogas donde todos pueden verlos. Les digo la verdad, no recibirán otra recompensa más que esa. Pero tú, cuando ores, apártate a solas, cierra la puerta detrás de ti y ora a tu Padre en privado. Entonces, tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará.

(Mateo 6:5-6)

Sigue pidiendo y recibirás lo que pides; sigue buscando y encontrarás; sigue llamando, y la puerta se te abrirá. Pues todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abrirá la puerta.

(Mateo 7:7-8)

También les digo lo siguiente: si dos de ustedes se ponen de acuerdo aquí en la tierra con respecto a cualquier cosa que pidan, mi Padre que está en el cielo la hará. Pues donde se reúnen dos o tres en mi nombre, yo estoy allí entre ellos.

(Mateo 18:19-20)

Y les dio las siguientes instrucciones: «La cosecha es grande, pero los obreros son pocos. Así que oren al Señor que está a cargo de la cosecha; pídanle que envíe más obreros a sus campos».

(Lucas 10:2)

Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pueden pedir lo que quieran, ¡y les será concedido!

(Juan 15:7)

Seguidoras de Jesús

No podemos seguir a Jesús si no oramos, es decir, si no nos comunicamos con nuestro Maestro. Sería como tratar de aprender algo sin poder preguntar o aclarar nuestras dudas. De hecho, Jesús enseñaba por medio de preguntas. En los evangelios encontrarás más preguntas hechas por Jesús que preguntas que le hicieron a Él.

Pero para tener comunicación debe haber interacción y esta surge por medio de la oración. Ahora, debo confesarte algo: todos los seguidores de Jesús batallamos con este tema. Todos deberíamos orar más. Todos oramos demasiado poco. Así que, imitemos a los discípulos y pidamos: «Señor, enséñanos a orar».

Te dejamos con una historia de pandemia en la que la protagonista aprendió a orar.



El diario de oración de Jazmín

POR KEILA OCHOA HARRIS

Leí en algún lado que podemos escribir nuestras oraciones y hoy es un día histórico. Quizá por eso quiero usar esta libreta. Es un cuaderno de tapa dura y decorada que me regaló mi tía hace dos Navidades y hoy, de casualidad, la encontré al fondo del cajón donde guardo mis blusas.

16 de marzo

Gracias, Señor, porque las vacaciones se adelantaron. ¡No más clases! Y justo cuando tenía que entregar un proyecto de Química. Prometo terminarlo pronto.

23 de marzo

¿Por qué se tuvo que cancelar el campamento de Semana Santa? Yo ni sabía que había gente muriendo en China y luego

en Europa por un bicho que causa como una gripa, pero no un resfriado común. Por cierto, Señor, sana a los enfermos.

Mis papás quieren que mi hermano venga a casa. ¿Puedes ayudar a que eso suceda?

24 de abril

Señor, estamos en semáforo rojo. Me siento un poco malhumorada.

Primero, tengo clases en línea. Antes, nadie sabía qué era Zoom, pero ahora es el pan de cada día. A veces se me olvida a qué hora me conecto con qué maestro. El trabajo de Química ahora lo tengo que enviar por correo electrónico y voy atrasada. Además, en la casa tenemos una sola tableta. Mi hermana mayor y yo hemos peleado mucho. Necesitamos contratar un mejor servicio de internet.

Segundo, mi papá está en casa. Las actividades no esenciales se detuvieron y su compañía entra en esa categoría. Mi mamá obviamente no sabe qué hacer con él. Pelean por cosas insignificantes; como quién debe usar la computadora y a qué hora. ¿Puedes hacer algo?

Tercero, mi hermano regresó. Tuve que volver a compartir recámara con Paty. Para que quepan las dos camas sacamos algunos muebles y ahora escucho hasta su respiración por las noches. ¿Cómo podré soportarlo?

A veces nos sentamos los cinco a ver alguna película. Mi mamá hace palomitas o prepara un flan. Ha sido lindo volver a cenar todos juntos y reírnos de los chistes de mi hermano. Gracias por eso... supongo.

28 de junio

No sé cómo terminé el año escolar, pero lo logré. Mi calificación más baja fue la de Química porque nunca entregué el trabajo, pero te doy gracias porque no reprobé.

Mi mamá tampoco está contenta de enseñar por computadora a sus alumnitos de cuatro años. Mi hermana, que está

Seguidoras de Jesús

a punto de terminar el bachillerato, piensa que no pasará el examen de admisión a la universidad. Mi mamá sugiere que se espere a que termine la pandemia.

29 de junio

Señor, ¿¿por qué?! La compañía en la que trabajaba mi papá está en quiebra. ¡Lo despidieron!

¿Qué vamos a hacer sin su sueldo? La pandemia es un asco. ¡Ya estoy harta de Netflix!

18 de julio

En la iglesia hay un grupo de jóvenes que se reúne virtualmente los sábados. Me conecto porque mi mamá insiste, pero no me gusta. Es que no aprendo nada. El maestro habla y habla durante cuarenta minutos, luego nos saludamos y ¡fin! Hasta los cantos son con pistas musicales.

Tampoco me gustan mucho las sesiones del domingo. Parece un programa de televisión más que una reunión normal.

Pero hoy nos recordaron la historia de la mujer que fue muy insistente con un juez malo para que le hiciera justicia. Debo orar más por mi papá. ¿Puedes darle un trabajo?

20 de julio

¿Te acuerdas de mi papá y el trabajo? Mandó dos currículos.

31 de julio

¿Estás ahí? Papá sigue sin trabajo.

10 de agosto

Debo orar sin cesar. Por el trabajo de mi papá, por favor.

11 de agosto

Trabajo para mi papá.

12 de agosto

Papá.

13 de agosto

¿Sí me escuchas? Papá sigue sin trabajo.

14 de agosto

Quizá esto no funciona. ¿Acaso estoy haciendo algo mal?

15 de agosto

Tania dice que la religión es para los tontos. Quizá tiene razón. A ella le va mejor que a mí. Tiene novio en plena pandemia. ¿Y yo? José Carlos ya ni siquiera me manda mensajes de texto. Se olvidó de mí.

16 de agosto

Trabajo.

17 de agosto

Trabajo.

20 de agosto

Se me pasó escribir varios días. Papá.

25 de agosto

La oración funcionó, aunque quizá no como esperaba. Pensé que le darías a mi papá algo similar a lo de antes, pero no. Él decidió abrir un pequeño negocio de comida. Mi mamá siempre ha sido una buena cocinera, pero no imaginé que mi papá fuera casi un chef. Dice que desde niño le gustaba entrar a la cocina y ayudar a mi abuela. ¡Vaya que le sirvió mucho!

Está preparando tamales los fines de semana. Repartió volantes en todo el barrio y le mandan pedidos por WhatsApp. Luego, mi hermano los va a repartir en el auto. Mi mamá está

Seguidoras de Jesús

contenta y mi papá también. Por favor, que no subamos de peso.

13 de septiembre

La escuela virtual es más decente ahora que los maestros se pudieron organizar y pensar en esto como algo a largo plazo. Mi mamá, Paty y yo ya nos acostumbramos a los horarios, las tareas y al uso de la tecnología. Mi hermano y mi papá se dedican al negocio.

En agosto nos escapamos un fin de semana a visitar a mi abuela a otra ciudad. Pude ver a mis primas y nos pusimos a ver tiktoks. Yo creo que esto pronto termina.

14 de septiembre

Murió el tío de Tania por Covid. También una señora de la colonia. ¿Por qué no ayudas a que descubran la vacuna?

22 de noviembre

Mi cumpleaños. Gracias por un año más de vida. Me hubiera gustado que José Carlos me mandara un mensaje. Creo que no se acordó.

16 de diciembre

Mi mamá tiene gripa. ¿O será Covid? Mañana va a hacerse la prueba. Que salga negativa. Por fa.

17 de diciembre

Es positiva. Se acabó la Navidad y el Año Nuevo. Los cinco en cuarentena.

18 de diciembre

Hoy tuve fiebre. Mi hermano es el único que está bien. Paty, con dolor de cabeza. Mi papá, con dolor de garganta. Mi mamá, con fiebre.

19 de diciembre

Yo sin fiebre. Mi mamá sigue mal. ¿Puedes ayudarnos?

20 de diciembre

Mi mamá despertó espantada. No puede respirar bien. Paty perdió el olfato.

21 de diciembre

Necesitamos un tanque de oxígeno. ¡Por favor! Haz un milagro.

22 de diciembre

Gracias por don Pedro. Nos ayudó a conseguir el tanque. Mi mamá sigue mal.

23 de diciembre

El doctor dice que debemos internarla. Mi papá y mi hermano andan buscando hospitales. Yo me siento como una inútil. Sólo ayudo con la comida. Tengo miedo, mucho miedo. Señor, que mi mamá no se muera.

24 de diciembre

Cenamos los cuatro tamales que sobraron. Mi mamá está en el hospital. Mi papá oró largo y tendido. Todos nos pusimos a llorar.

25 de diciembre

No tuvimos regalos, pero mi hermano se acordó de que me gustan los gorros y me trajo uno tejido de color azul. Gracias.

26 de diciembre

El doctor dice que mi mamá está de buen ánimo. Debemos esperar a que pueda respirar mejor para venir a casa. Hicimos una videollamada. Mamá recitó como cinco versículos bíblicos. ¡Señor, no me la quites!

27 de diciembre

Mi papá me dio un beso y dijo que soy muy valiente. No creo que sea verdad. Sólo decidí hacer el quehacer porque esto ya parecía basurero.

28 de diciembre

Mi hermana está leyendo la Biblia. Me dijo que por qué no lo hacíamos juntas. Le dije que sí.

29 de diciembre

Mamá sigue internada. El doctor dice que tal vez salga del hospital hasta el primero de enero. No me hago ilusiones. Muchos contagiados. Muchos muertos. La pandemia está en su peor momento.

Tania se fue de vacaciones a la playa. Mi hermano compró un poco de carne para la cena de Año Nuevo. No tengo ganas de celebrar.

30 de diciembre

Hablé un rato con mi mamá. Ella dice que tú eres fiel. Que eres lo más importante en la vida.

31 de diciembre

Todos se fueron a dormir temprano. Son las 11:28 pm. Están agotados. Mi papá, por las visitas al hospital. Mi hermano, por cocinar la carne que, por cierto, le quedó decente. Mi hermana, porque de repente todavía tiene secuelas del virus. Aún no recupera el olfato por completo y la cena no le supo a nada.

Me puse a leer esta libreta desde que empecé en marzo. ¿Sabes qué noté? Que soy una egoísta. Te he tratado como al genio de la lámpara sólo pidiendo y exigiendo. No he buscado conocerte realmente.

Paty y yo leímos que tú eres nuestro Padre. No platico así con mi papá. No voy sólo a darle una lista de cosas que quiero. De

hecho, mi papá ha sido nuestra roca en estos días. No deja de orar y de animarnos.

Mi mamá todavía no sale del hospital. Dice el doctor que estará bajo observación dos semanas más. Pero quiero orar por ella para que no se sienta sola entre tantos extraños. Que sepa que estás a su lado. Y, Señor, si te la quieres llevar, está bien. Tú sabes más.

Mira, estoy llorando. Ya manché la libreta. Pero quizá esta sea la oración más sincera que he hecho. La más real de todas.

Probablemente de esto se trate la oración. De platicar contigo como si estuvieras aquí, a mi lado. De abrir mi corazón. De ser sincera y no usar fórmulas. De contarte todo porque, a fin de cuentas, ya lo sabes. Y supongo que también tiene que ver con que yo te escuche. ¿Qué quieres enseñarme con todo esto?

Uff. 11:59 pm. ¡Feliz Año Nuevo, Señor! ¿Volvemos a empezar?



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Jacobo el menor es el más desconocido de todos los discípulos, pero seguramente conversó largo y tendido con su Maestro. Tuvo tres años para charlar con Él y escuchar su voz. ¡Qué privilegio!

Las 4 Cs:

1. ¿Qué conexiones puedes hacer entre el texto y tu vida?
2. ¿Qué emociones combaten en tu corazón al pensar en la oración?
3. ¿Qué conceptos te llevas de esta lección?
4. ¿Qué cambios en actitudes o prácticas harás sobre la oración?

4

El equipo



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Afirma, apoya, cuestiona

Del tema «trabajo en equipo»:

1. *¿Qué afirmas sobre esto?*
2. *¿Qué cosas ves, sientes o conoces que apoyan tu afirmación?*
3. *¿Qué queda en el aire o requiere más explicación?*

¿Por qué eligió 12 seguidores? ¿Por qué no sólo dos o tres? ¿Incluso uno? La realidad es que a veces nos gustaría ser las únicas o actuamos como si fuéramos las únicas que siguen a Jesús. Los apóstoles también sentían envidia y celos de los demás. Fíjate en lo que una de las madres de los discípulos se atrevió a pedir:

Entonces la madre de Santiago y de Juan, hijos de Zebedeo, se acercó con sus hijos a Jesús. Se arrodilló respetuosamente para pedirle un favor.

—¿Cuál es tu petición? —le preguntó Jesús.

La mujer contestó:

—Te pido, por favor, que permitas que, en tu reino, mis dos hijos se sienten en lugares de honor a tu lado, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

Jesús les respondió:

—¡No saben lo que piden! ¿Acaso pueden beber de la copa amarga de sufrimiento que yo estoy a punto de beber?

—Claro que sí —contestaron ellos—, ¡podemos!

Jesús les dijo:

—Es cierto, beberán de mi copa amarga; pero no me corresponde a mí decir quién se sentará a mi derecha o a mi izquierda. Mi Padre preparó esos lugares para quienes él ha escogido.

(Mateo 20:20-23)

El plan de Jesús es que nosotros, sus seguidores, no hagamos las cosas solos. Él no vino a salvar a uno, sino a muchos, y por eso, desea que trabajemos en equipo.

¿Cómo envió a sus discípulos a predicar?

Reunió a sus doce discípulos, comenzó a enviarlos de dos en dos y les dio autoridad para expulsar espíritus malignos.

(Marcos 6:7)

Después el Señor escogió a otros setenta y dos discípulos y los envió de dos en dos delante de él a todas las ciudades y los lugares que tenía pensado visitar.

(Lucas 10:1)

Seguro te preguntas cómo lograron llevarse bien, pues lo más difícil en la vida parecen ser las relaciones personales. Probablemente tuvo que reprenderlos más de una vez por mostrar envidia y celos. Pero por eso, una de las oraciones más profundas de Jesús tenía que ver, precisamente con nuestra unidad. Léela a continuación:

No te pido sólo por estos discípulos, sino también por todos los que creerán en mí por el mensaje de

Seguidoras de Jesús

ellos. Te pido que todos sean uno, así como tú y yo somos uno, es decir, como tú estás en mí, Padre, y yo estoy en ti. Y que ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste.

(Juan 17:20-21)

Al parecer los discípulos aprendieron bien la lección del trabajo en equipo. Cuando Jesús ascendió y comenzaron a predicar, los vemos siempre viajando en equipo. Pedro y Juan andaban juntos. Pablo eligió a Bernabé, luego a Silas, y después a un grupo más grande para ir con él en sus viajes misioneros.

Y sí, tienes razón, no es fácil llevarnos bien, pero en una relación siempre hay dos. Fíjate en todos los versículos que mencionan «unos a otros». Amarnos unos a otros, no mentirnos unos a otros, perdonarnos los unos a los otros.

Antes de quejarte de alguno de tus hermanos, piensa primero qué parte tuviste tú del problema. O medita en cómo puedes tú amar, perdonar u orar por el otro.

Seguimos a Jesús en equipo, como un grupo, como un cuerpo. No somos sólo Jesús y yo, sino Jesús, yo y los demás seguidores. Cumplamos el deseo de Jesucristo al trabajar juntos y recordar lo que Jesús le enseñó a Juan y a Santiago sobre su petición. Terminemos de leer la historia inicial:

Cuando los otros diez discípulos oyeron lo que Santiago y Juan habían pedido, se indignaron. Así que Jesús los reunió a todos y les dijo: «Ustedes saben que los gobernantes de este mundo tratan a su pueblo con prepotencia y los funcionarios hacen alarde de su autoridad frente a los súbditos. Pero entre ustedes será diferente. El que quiera ser líder entre ustedes deberá ser sirviente, y el que quiera ser el primero entre ustedes deberá convertirse en esclavo. Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan, sino

para servir a otros y para dar su vida en rescate por muchos».

(Mateo 20:24-28)

En la siguiente lección hablaremos del servicio, pero por ahora, te compartimos este cuento que habla de la importancia de crecer junto con los demás.



Espacio sagrado

POR MAYÚ GUILLÉN

Hermosas y majestuosas montañas se erguían frente a su mirada llena de emoción. Tres años atrás, Fabiola se había mudado al norte, dejando la seguridad y la comodidad de lo conocido: su hogar, su tierra, sus padres, sus hermanas y sus amigas.

Recordaba con toda claridad su temor por ese futuro incierto. Ahora hacía el recuento de las ilusiones iniciales, los muchos retos vividos, los sueños logrados y el propósito de vida descubierto a través de una relación viva con su Salvador, Jesucristo.

Había llegado a esta etapa como una joven escéptica. Se cuestionaba todo acerca de Dios, la Biblia y Jesucristo. Para ella todo era un invento del hombre para manipular y controlar, sin embargo, en lo más profundo de su corazón, una pequeña chispa de fe y esperanza se mantenía encendida.

En esos primeros días como universitaria, su corazón se había aferrado a un pensamiento recurrente, que la había sostenido durante toda su adolescencia: «Si otros han podido hacerlo, ¿por qué yo no?». Ahora que un capítulo muy importante en su vida llegaba a su fin, su corazón se aferraba con pasión a un pensamiento por completo diferente: «Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?».

Seguidoras de Jesús

Recordó su primer día en la facultad cuando se topó con Marcos, un chico colombiano, que al igual que ella buscaba otros horizontes. Recordaba su saludo amable y respetuoso, su acento costeño y su interés real en ayudarle en su camino para descubrir a Dios. Fue por este amigo, que conoció a Julie, una chica de alma libre, corazón alegre y temperamento recio. Ella irradiaba vida e inspiraba a los demás a crecer en su anhelo de conocer a Dios.

Su primer encuentro sucedió en una reunión de oración, a la que fue invitada por Marcos. Julie, sentada en un extremo del salón, charlaba emocionada con Lupita, Arcelia y Natalie, chicas universitarias de diferentes carreras. Fabiola, con timidez, se acercó a ellas.

—¡Hola, Fabiola! ¡Qué gusto conocerte! Es mi deseo que te sientas bienvenida entre nosotras —dijo y extendió su mano con franqueza. Acto seguido, le dio un cálido abrazo y un beso en la mejilla, algo poco común para Fabiola, quien provenía de una cultura donde sólo en la familia se mostraban esa clase de expresiones de afecto. Las demás también la saludaron de la misma forma.

Sentir todo ese amor fuera de lo común fue abrumador para ella, sin embargo, también fue de aliento en medio de la soledad que había estado experimentando en su primer mes lejos de sus seres queridos.

Fabiola fue una discípula fiel pero muy inquisitiva. Como estudiante de Filosofía y Letras tenía muchas preguntas sobre Dios. No se conformaba con cualquier respuesta sencilla, sus cuestionamientos tocaban temas como la veracidad de la Biblia, la historicidad de la vida de Cristo, la resurrección, el origen de las religiones y una pregunta crucial: ¿Cómo es posible que la salvación no sea por obras, sino por fe? ¿Cómo puede ser?

A pesar de todas sus inquietudes y dudas, nunca faltó a una sola reunión, estudio bíblico o convivencia con estas nuevas amigas y, en particular, siempre fue muy puntual y responsable en las reuniones del grupo de discipulado que dirigía Julie.

Los días, los meses y los años se fueron volando. Julie, Fabiola y las demás discípulas se reunían semana a semana. Iban al café, al cine, a jugar básquetbol, a acampar, a retiros de oración, a la iglesia, a sus reuniones de discipulado y a visitar a sus familias. Su amistad se convirtió en un lugar de refugio, aprendizaje, apoyo, exhortación y búsqueda de Dios.

Fue en ese ambiente de amor, aceptación y amistad que la fe de Fabiola comenzó a dar fruto, no sólo por lo que aprendían juntas, sino por el vínculo tan estrecho que había llegado a tener y el apoyo que ella sentía de parte de ellas.

Algo que marcó un parteaguas para Fabiola, fue cuando regresó de vacaciones a su tierra tras el primer semestre y le compartió a su familia sobre su nueva fe en Jesús. Esa vez, su padre la humilló, la presionó y le puso un ultimátum: «Debes renunciar a ese grupo. Decide: o tu familia o tus amigos aleluyos. Si te decides por nosotros te sigo apoyando para estudiar, si te decides por tu fanatismo religioso, que te mantengan tus amigos».

Esa tarde, Fabiola llorando, llamó a Julie:

—¡Amiga, estoy muy triste por la inesperada reacción de mi padre! Pensé que se alegraría de que yo estuviera buscando conocer a Dios y vivir una vida sana, que tuviera amigos que me motivaran a crecer, pero fue todo lo contrario. Me quiere obligar a renunciar a mi fe en Jesús, alegando que son puras falsedades y que me han lavado el cerebro. Ya le dije que no voy a renunciar y me dijo que busque casa dónde vivir y quién me mantenga. Que ya no cuente con él —dijo con la voz entrecortada por la angustia.

—¡Ay, Fabiola! Lo siento muchísimo. Sabes que cuentas conmigo. Yo sé que mi mamá no tendrá ningún inconveniente en que te vengas a vivir con nosotras. Y para pagar la universidad, puedo ayudarte a encontrar un trabajo. Ya verás que el Señor va a responder a nuestra oración.

Ese momento crítico en la vida de Fabiola se resolvió de manera divina. A los pocos días de esa discusión, su padre desistió de su decisión de no apoyarla. Más aun, le permitió seguir

participando con toda libertad en los estudios bíblicos con sus amigas. ¡Dios hizo un milagro!

Esa tarde, frente a las montañas, Fabiola recordaba ese suceso como si fuera ayer. Y con más resistencia se negaba a aceptar que pronto su hermoso oasis de amistad se vería desvanecido, debido a la separación física de su querida y especial amiga.

Julie había concluido sus estudios como ingeniero químico. Había conseguido un muy buen trabajo en Canadá y pronto tendría que irse. Después del verano, sólo regresarían a la universidad Arcelia, Natalie y ella.

Su mente entendía que la vida de todas debía continuar, pero su corazón estaba muy triste y desconsolado por la inminente separación. En momentos se sentía como huérfana emocionalmente, como si su vida no tuviera sentido ni dirección, pues la amistad que había llegado a establecer con Julie, no podría llegar a tenerla con alguna otra chica.

Esa tarde de sábado, se habían organizado entre ellas para hacerle una despedida a Julie. Su vuelo a Canadá estaba programado para el siguiente lunes. Por coincidencia, Fabiola cumplía años ese día.

Habían citado a Julie a las seis. Todas las demás se programaron para llegar a las cinco. Al llegar a la casa de Natalie, donde sería la despedida, decoraron con globos, listones y confeti en colores azul celeste, aguamarina y turquesa. La mesa estaba también adornada con servilletas en los mismos colores con versículos bíblicos cortos que hablaban sobre la amistad.

—Chicas, ¿en qué momento ponemos el video que hicimos para Julie? ¿Antes o después de la cena? —preguntó Natalie, mientras colocaba su *laptop* sobre la mesita de centro.

—Pienso que al terminar la cena. Ya tengo la música lista. Hice una *playlist* con la música que le gusta a ella —respondió Arcelia, tratando de contener las lágrimas.

—¡El pastel quedó lindo! ¿Quién lo horneó? —preguntó Fabiola buscando relajar el momento, mientras probaba un poquito del betún de chocolate.

Se sentía cierto ambiente de nostalgia. Era difícil evitarlo. Entre ellas habían formado una comunidad de amigas muy especial, donde el ingrediente esencial era Dios. Las cinco eran diferentes en temperamento y personalidad, pero a la vez, habían aprendido a respetarse, amarse y cuidarse unas a otras. Julie era la que mantenía el enfoque. Todas disfrutaban estar cerca de ella. Las animaba, las regañaba, las amaba de forma genuina y eso, lo percibían.

Llegó la hora. Mientras oraban brevemente, escucharon que Julie estacionó su auto frente a la reja. Respiraron profundo, se abrazaron y luego Natalie se dirigió a abrir la puerta.

—¡Amiga, siempre es una gran alegría verte! —Natalie la recibió con una sonrisa de bienvenida.

—Chicas, no he podido dejar de llorar a cada instante. Los cientos de recuerdos que tenemos de nuestros tiempos juntas vinieron a mi mente desde esta mañana al ir a despedirme de mi pastor y su esposa, y de mis maestros. Al pasar por la facultad, al ver el café donde nos reuníamos los viernes por la tarde; al pasar por la calle del cine. Son tantas cosas que, necesito llorar con libertad sin que nadie se sienta mal por ello. ¿Me permitirían llorar aquí con ustedes? Estoy tan sentimental; no puedo creer que ya llegó el día que veíamos tan lejano.

Las cuatro se abrazaron. Pronto las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sólo se podían escuchar los sollozos, el balbuceo, las palabras entrecortadas y la confianza de que, entre amigas, ese tiempo estaba permitido y era sagrado.

Cansadas, pero felices, experimentando emociones agri-dulces, se levantaron, se abrazaron con fuerza las unas a las otras y se sentaron a la mesa.

Julie sacó de su bolso una caja de regalo. Estaba decorada con frases de grandes literatos. Era tan natural en ella el cuidado de la gente, que conocía a detalle los gustos de cada una

Seguidoras de Jesús

de las chicas. Ella comunicaba con su cariño, sus actitudes y acciones que la gente era importante y valiosa. En esta ocasión, el regalo era para Fabiola por su cumpleaños.

Se acercó a ella sorprendiéndola de nuevo, como la primera vez que se conocieron:

—Es un privilegio que mi despedida sea en tu cumpleaños, querida Fabiola. Conocerme ha sido una bendición muy significativa para mí. Admiro tu corazón sensible, enseñable, honesto, apasionado por Dios y por la oración. Has crecido muchísimo en tu conocimiento de Dios, en tu fe y en la Palabra. Estás lista para aceptar el reto de Jesús, de ir y hacer discípulos a todas las naciones. Yo estuve orando durante estos últimos meses, para tener la convicción de si podrías ser tú la responsable del grupo. Fabiola, sé que el Espíritu Santo va a usar tu vida para bendecir a muchas chicas más. ¡Muchas felicidades por tus veintiún años! Y por esta bella misión que Dios te encomienda hoy.

—¡Felicidades, amiga! —la abrazó Natalie, con gran efusividad y alegría.

—Estoy tan contenta por ti, Fabiola —expresó Arcelia, con su característica serenidad y sencillez.

Fabiola no supo qué decir, se sentía feliz y emocionada, pero se preguntaba en sus adentros, si estaría lista para esa tarea tan desafiante.

Todas se sentaron a la mesa. Natalie y Arcelia trajeron los recipientes con la rica cena que prepararon. Cenaron costillas a la *BBQ* con frijoles dulces, bollitos salados, ensalada de lechuga con frutos rojos y aderezo de queso; un pudín criollo, y como postre un pastel de doble chocolate. Acompañaron la cena con un clásico té negro helado con jugo de limón.

Mientras algunas terminaban de cenar, otras empezaron a comer su rebanada de pastel con un café americano. Sin duda aprovecharon cada minuto que pudieron. Se quedaron dormidas casi a las cuatro de la mañana. Entre lágrimas y risas, charlaron, platicaron, debatieron, preguntaron, discutieron,

cantaron y aplaudieron. Fue una celebración que recordarían por toda su vida.

Despertaron tarde, casi a las diez de la mañana. Somnolientas desayunaron cereal con leche y fruta, mientras veían el servicio dominical en línea, sentadas en el sofá de la sala.

Al terminar el servicio, Natalie se acordó del video. Conectó su *laptop* e inició la presentación que había editado con gran esmero y cariño. Este fue hecho con base en un poema que compuso Fabiola:

*Querida Julie,
Tan llena de vida,
Te hiciste tan cercana,
Supiste abrirte camino en nuestras almas.
Siempre atenta, amorosa, servicial y decidida
Tu vida es, ha sido y será una fuente de inspiración
Para nosotras y para otras.
Ahora te toca levantar el vuelo,
Nuevos horizontes te esperan,
Que nuestro buen Dios,
Ese Dios que nos hiciste conocer
Con tu testimonio de vida,
Te dé el poder para atravesar todo valle
Para subir toda montaña,
Para perseverar ante toda tormenta y batalla.
Que seas luz y sal para todo aquel
Que se acoja bajo tu sombra de amor y compasión.
Adonde quiera que Dios te lleve brilla,
Brilla con la hermosura de Cristo en ti.
Te amamos y te vamos a extrañar mucho.
Gracias por ser nuestra amiga, nuestra hermana y nuestra
madre espiritual.
¡Te amamos, Julie!*

Seguidoras de Jesús

«Las amigas son un regalo del cielo, son una expresión física del amor incondicional de Dios y de su cuidado divino».

Brotaron más lágrimas de los ojos de todas. Hubo llanto de emoción, de tristeza por la partida, de gozo por lo vivido, de satisfacción por ver vidas transformadas por Jesús y de temor ante los desafíos que veían venir en el futuro. Pero también, era un llanto saturado de mucha esperanza, de mucha paz, de mucha gratitud por la bondad de Dios mostrada todo ese tiempo que estuvieron juntas.

Julie les dirigió unas últimas palabras antes de estar lista para salir de la casa:

—Me voy llena de gozo, de esperanza, de bendición, de saber que sus vidas dependen del Señor. Su ministerio de discipulado entre las chicas florecerá en abundancia y cada una será una fuente de inspiración para muchas generaciones. Hagamos un pacto de amistad, de unidad, de caminar con el Señor. Que donde quiera que estemos, de aquí a unos pocos o muchos años, tengamos la disposición de cuidar mutuamente nuestros corazones. Y que cuando nos lleguen noticias de que alguna de nosotras está flaqueando en su fe, tengamos el compromiso y el amor para acudir en ayuda, para sostener, acompañar y levantar.

Oraron: «Padre, tú has dispuesto que la vida de fe, de oración y en tu Palabra se viva en comunidad. Por ello, oramos que tú guardes el corazón de Fabiola, de Arcelia y de Natalie. Que nos permitas, a pesar del tiempo y la distancia, estar al tanto las unas de las otras de nuestro andar en Cristo. Que esta amistad que tú iniciaste entre nosotras, la mantengas por la obra de tu Espíritu Santo que nos guía a la verdad y nos anima a la unidad. Que así sea Señor, por tu gracia y para tu gloria. Amén».

—Este es un hasta pronto, amigas. Las voy a extrañar muchísimo. La vida sigue y hay que crecer aunque nos duela. Las amo y las llevo en mi corazón.

Julie tomó su bolso y sus llaves. Se dirigió a su auto. Levantó su mano en señal de despedida y les dijo adiós. Fabiola, Natalie y Arcelia se quedaron paradas en el umbral de la puerta, mirando el auto de Julie alejarse por la avenida hasta que éste se perdió en la distancia.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Felipe fue un discípulo práctico que quizá tuvo luchas, como muchos de nosotros, para creer que Jesús era quien decía ser o para edificar su vida en la fe. Pero también nos enseña que lo mejor es seguir a Jesús y lo hermoso que es encontrar esos espacios sagrados de compañerismo con otros para ser fortalecidos.

Suponiendo:

- **¿Cómo hubiera sido la vida de estas jovencitas en la universidad sin la presencia de Julie en sus vidas?**
- **¿Cómo habría sido diferente la vida de Fabiola?**

5

El servicio



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Proyectar a través de la distancia.

1. *¿Cómo se ve el servicio en tu comunidad?*
2. *¿Cómo se considera el tema de servir a otros en una ciudad diferente de tu país?*
3. *¿Cómo se sirve a Jesús en un país en África o Asia?*
4. *¿Cómo luce el servir a Jesús en un país en Europa o en Oceanía?*

Seguro que los discípulos tuvieron roles asignados durante su tiempo juntos. Algunos quizá se hicieron expertos en acampar. ¿Cuál de ellos cocinaría para todos? Sabemos que Judas Iscariote se encargaba de la bolsa del dinero. Pedro muchas veces funcionó como el vocero.

Lo cierto es que todos debían servirse unos a otros, aunque no les resultara tan sencillo. Probablemente se vieron influenciados por la sociedad donde es más fácil mandar que actuar. Entonces un día tuvieron una lección humillante. Un poco antes de la muerte de Jesús, Él los sorprendió al ocupar la posición de un sirviente.

Jesús sabía que el Padre le había dado autoridad sobre todas las cosas y que había venido de Dios y

regresaría a Dios. Así que se levantó de la mesa, se quitó el manto, se ató una toalla a la cintura y echó agua en un recipiente. Luego comenzó a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura.

(Juan 13:3-5)

¿Qué crees que escandalizó a los discípulos?

Jesús no los dejó con la duda, sino que explicó su proceder.

Después de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, se sentó y preguntó:

—¿Entienden lo que acabo de hacer? Ustedes me llaman «Maestro» y «Señor» y tienen razón, porque es lo que soy. Y, dado que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les di mi ejemplo para que lo sigan. Hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes. Les digo la verdad, los esclavos no son superiores a su amo ni el mensajero es más importante que quien envía el mensaje. Ahora que saben estas cosas, Dios los bendecirá por hacerlas.

(Juan 13:12-17)

Marcos resume uno de los propósitos de Jesús al venir al mundo de esta forma:

Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan, sino para servir a otros y para dar su vida en rescate por muchos.

(Marcos 10:45)

Muchas queremos recibir atención. Quizá todas. Las redes sociales nos invitan a buscar *likes* y vistas. Confundimos el

Seguidoras de Jesús

aprecio y la fama con tener muchos seguidores. Pero, si Jesús hubiera vivido en esta época, ¿crees que hubiera tenido una cuenta? ¿Se habría sacado *selfies*? Creo que habría aparecido en todas las tendencias, pero no porque Él así lo buscara, sino porque llamaría la atención de los demás, como de hecho sucedió en su época.

Sin embargo, los evangelios dejan muy en claro que Él no buscaba fama. Él deseaba servir a los demás.

Como seguidoras de Jesús debemos andar por el mismo camino. Servir quizá implique limpiar o lavar, acomodar o saludar, recibir o escuchar, hablar con otros de Jesús en todo lugar. Hemos profesionalizado mucho el servicio de modo que debes cumplir con ciertos requisitos para participar en el ministerio de alabanza o el de enseñanza infantil, pero el servicio es más sencillo que eso. Implica estar dispuesta y disponible cuando Dios te pida que hagas algo.

Jesús realizó las actividades de un esclavo y lo hizo con gusto. A los discípulos seguramente les costó más trabajo llegar a ese punto y muchos batallaron con el orgullo. Aprendamos a trabajar con Dios en lo que se ve y en lo que no se ve, haciendo lo que Él nos ha puesto en el corazón y usando los talentos que nos ha dado.

¡Los resultados nos sorprenderán!

Te compartimos la historia de alguien que aprendió a servir y descubrió algo extraordinario.



Corazón misionero

POR GRACIELA ROZAS

Andrea suspiró como para darse aliento, se puso su mochila al hombro y descendió del autobús. Sintió que comenzaba

para ella una nueva aventura y, aunque no sabía muy bien qué le esperaba, estaba segura de que Dios la había llamado.

Metió la mano en su bolsillo y sacó la libretita donde había anotado las indicaciones para llegar al campamento. Al ver la dedicatoria de la primera página, sonrió.

«A mi hermanamiga, para que recuerde que mi corazón la acompaña adonde nuestro Señor la lleve. Simonne».

Era muy extraño enfrentar esta semana sin ella. Todos las conocían como «las hermanitas inseparables», «dos en una» o «Timón y Pumba»; algunos hasta pensaban que eran mellizas, aunque Andrea fuera un año menor. Es verdad que en apariencia eran muy similares, pero sus temperamentos eran como el día y la noche.

Simonne, radiante de entusiasmo; Andrea, cautelosa y pausada. Simonne, desbordando risas y palabras; Andrea, tímida y callada. Simonne, siempre segura de sí misma, había elegido su carrera y terminado con éxito su primer año de universidad; Andrea, en cambio, aún no había decidido qué quería estudiar.

Simonne cantaba en el grupo musical de la iglesia, dirigía estudios bíblicos, lideraba a los adolescentes y Andrea tenía pavor de estar frente al público al grado que, por miedo a fallar, se había negado a contarle una historia a los niños un domingo en que la maestra estaba enferma.

Sin embargo, fue Andrea la primera que se animó a frecuentar ese grupo de jóvenes, por invitación de una compañera. Y desde las reuniones iniciales se enamoró de todo corazón de ese Jesús que le presentaron, que la conocía y la comprendía, que borró sus errores y rencores ocultos, y que la amaba tanto que dio su vida por ella.

Fue ella quien al tiempo llevó a Simonne. Desde hacía cuatro años, conocer al Salvador había llenado de luz a su familia y cambiado todo el ambiente en su hogar.

Desde entonces las unía no sólo el ser hermanas, sino el Señor de sus vidas y el deseo de darlo a conocer. Pero sus caminos iban tomando rumbos diferentes. Simonne se había

Seguidoras de Jesús

involucrado con grupos de estudio bíblico en la universidad. Andrea sentía que la misión la empujaba a caminar calles de tierra, a conocer pueblos lejanos y a volar fuera de su seguridad. Por eso se había inscrito en este campamento misionero. ¿Le hablaría Dios allí?

Se sintió desencantada cuando la asignaron al grupo que trabajaría con niños. Esperaba involucrarse en algo más «importante». ¿Serviría de algo evangelizar a los niños? ¿Qué respuesta podrían dar ellos a Jesús? Ella anhelaba ser como Simonne, llegar a los jóvenes, saber cómo hablarles y mostrarles sus razones en la Biblia. Pero... ¿niños? En fin, no estaba allí para cuestionar, así que se dispuso a pasar la semana de la mejor manera posible.

La líder les presentó entusiasmada el desafío: harían una «Hora Feliz»¹ en la plaza del pueblo, con juegos, canciones e historias bíblicas.

«¿Alguien sabe tocar algún instrumento?», preguntó. Luego un silencio. ¡Nadie tenía una guitarra, un pandero, ni una triste flauta! «No importa, usaremos nuestras palmas», animó con la gran sonrisa que no se le despegaba del rostro. Pero todos sintieron que al programa le faltaría algo de vida.

Después de dos días de capacitación y preparativos, por fin llegó la tarde en que saldrían a poner en práctica lo aprendido. No podían negar que todos estaban un poco nerviosos. Mientras iban caminando, con globos y banderas que llamaban la atención, se les iban uniendo todos los chiquilines que jugaban por las calles.

Al llegar a la plaza, ya había un buen número de niños (y no tan niños) alborotados, expectantes por ver de qué se trataba todo aquello. Los más pequeños se unieron entusiasmados a los juegos y, cuando los maestros los invitaron a sentarse para cantar, formaron un círculo sobre el pasto, dispuestos a ver cómo seguía el programa.

¹ Programa evangelístico para niños, que puede realizarse al aire libre, en plazas, o en hogares.

Pero los más grandecitos no iban a cooperar tan fácil. Varios se treparon a los árboles y comenzaron a arrojar pequeños frutos hacia donde estaban sentados los demás. Otros jugaban a la pelota cerca del grupo, haciendo que a cada rato cayera entre los niños sentados.

Tres más, desde un banco cercano, hablaban y se reían en voz alta, burlándose de las canciones que dos maestras trataban de enseñar sin mucho éxito. Uno de ellos tenía un hermanito más pequeño, de unos seis o siete años, al que no dejaban unirse al grupo pero que trataba de prestar atención desde su lugar. Su carita redonda y sus brillantes ojitos negros despertaban ternura.

Andrea se acercó y sonriendo se sentó junto a él. Le guiñó el ojo y, cuando el niño le respondió el gesto, sintió que un hilo de simpatía los unía. Escucharon juntos la historia que un maestro trató de contar, alzándose por sobre el griterío de los muchachitos que los rodeaban.

Los dibujos que iba desplegando mostraban una ladera verde y una multitud sentada. Luego, un niño trayendo una canasta con algunos panes y peces. Jesús orando con la mirada al cielo. La gente recibiendo el alimento y comiendo con alegría. Con cada nueva lámina que aparecía, el pequeño amiguito miraba a Andrea y le sonreía, como diciendo que disfrutaba lo poco que se oía de la historia.

Cuando terminó el programa, por fin Andrea se sintió en libertad de conversar con su nuevo amiguito.

—¡Hola! Yo soy Andrea. ¿Cómo te llamas?

—Dany.

—¿Te gustó la historia? —le preguntó. El niño asintió con timidez.

—¡Qué lindo cómo Jesús se preocupó por la gente! ¿No te parece? —intentó seguir la conversación—. ¿Conoces algo más acerca de Jesús? —Su amiguito negó, nuevamente sólo con el gesto. Andrea expresó una rápida oración en su interior: «Señor, enséñame cómo hablarle de ti».

Seguidoras de Jesús

Asombrada fue sintiendo cómo las palabras, sencillas y dulces, iban brotando de sus labios. Le contó cómo Jesús amaba y se preocupaba por los niños, aun cuando en esa época no eran tomados en cuenta y hasta sus discípulos habían querido echarlos fuera con malos modos.

—A mí también me tratan mal a veces... —comentó Dany con un hilo de voz. Andrea quería abrazarlo, pero dejó que siguiera contando lo que su corazón cargaba. Mientras lo escuchaba sentía que, como una flor nueva, se iba abriendo el amor de Dios por los niños en su interior.

Entonces le contó que Jesús se preocupaba también por él. Cuando estuvo en este mundo, lo maltrataron y lo mataron. Por ser Dios nunca había hecho nada malo, pero sufrió el castigo que nos toca a cada uno por nuestras peleas, mentiras y desobediencias. Pero volvió a vivir y subió al cielo, y prometió estar siempre con los que creen en Él.

—¿Te gustaría hablar con Dios y decirle que crees en Jesús, y que quieres que limpie tus pecados y te haga su hijo?

Esta vez el pequeño dijo que sí con voz firme. Con emoción Andrea lo guió en una sencilla oración. Al abrir los ojos, le pareció que su mirada brillaba con una chispa nueva.

—¿Van a venir mañana de nuevo? —preguntó anhelante.

—¡Claro! —Andrea ya deseaba que fuera el día siguiente—. Volvemos para seguir contándote sobre Jesús.

—¿Puedo traer mi güiro?

—Sí, puedes traer a todos tus amigos —respondió, pensando que era el apodo de algún compañerito.

El grupo volvió al lugar del campamento, bastante abrumado por lo dificultoso que había resultado todo. Comentaban desalentados que esos muchachitos molestos no dejaban escuchar a los demás, que los perros correteaban, que sin instrumentos las canciones no sonaban bien, entre otras cosas.

—Pero un niño creyó en Jesús y lo recibió como Salvador —contó Andrea y su relato levantó el ánimo de todos. Terminaron la noche cantando alabanzas y se dispusieron a

prepararse mejor para el siguiente día. Se prometieron orar por los muchachitos que molestaban, para que cambiaran de actitud. Sin embargo, el reclamo secreto de todos era: —Señor, sin instrumentos, ¿cómo animaremos a los niños a unirse y cantar?

Al día siguiente trataron de renovar los ánimos y al llegar a la plaza comenzaron a acomodar banderines y globos para recibir a los niños. De pronto, una bulliciosa caravana se acercó por la calle de tierra, alborotando la calma de la soleada tarde.

Al frente iba Dany, haciendo un gracioso sonido rítmico al raspar con un palito una calabaza hueca surcada de finas cañaletas. Detrás le seguían su hermano y todos los muchachitos traviosos del día anterior, tocando tambores de distintos tamaños, redoblantes, panderos, maracas y silbatos. La algarabía musical iba creciendo con un ritmo carnavalesco que espantó a los maestros.

«¡Han venido a impedir que hagamos la Hora Feliz!», fue el primer pensamiento que se les cruzó a todos. Pero el desfile paró y se silenció al llegar a la plaza. Todos sus integrantes les sonrieron expectantes, como esperando una felicitación.

Andrea se acercó a Dany y, sin saber muy bien qué decir, le preguntó:

—Eeeh... ¿qué es esto?

—Este —respondió el niño levantando la calabaza— es mi güiro. Y junto con ellos —dijo haciendo un amplio gesto que abarcó a todos los «exvándalos» —trajimos nuestra batucada, para que hoy cantemos con música. ¡Queremos ayudarles!

La maestra encargada de las canciones sufrió un ataque de nervios, pero los demás la convencieron de darle lugar a los nuevos voluntarios del equipo. ¿No habían orado por esos chicos, para que se acercaran a escuchar la Palabra de Dios? ¿No habían pedido a Dios por instrumentos musicales cuando parecía algo imposible de encontrar?

Nunca hubo un grupo tan animado como aquel, cantando en una Hora Feliz. Las dulces melodías de los cantos cristianos

Seguidoras de Jesús

estallaron en ritmos que los maestros no imaginaron ni en sus sueños más locos. Más y más niños se fueron acercando al alegre son de la batucada y, cuando con mucho esfuerzo lograron que silenciaran los instrumentos para escuchar la historia bíblica, la Palabra de Dios también vibró por toda la plaza y llegó a cada corazón.

Sentada sobre el pasto al lado de su amigo Dany, Andrea levantó su mirada al cielo e imaginó a Dios estallando en carcajadas al recordar la sorpresa que les había dado.

«¡Señor, sí que tienes sentido del humor!», pensó, mientras se le dibujaba una enorme sonrisa.

De vuelta en casa, cuando al fin pudo reencontrarse con Simonne y contarle todos los detalles de su aventura misionera, su hermanamiga reflexionó:

«Andrea, si hace siglos Jesús pudo usar a un niño para alimentar a la multitud, multiplicando los pocos panes y peces que traía, ¡cómo no nos vamos a asombrar de que también usara a uno, en tu Hora Feliz, para multiplicar la pobre música que ustedes tenían!».

Y ella, sorprendida, reconoció en su corazón ese cosquilleo que la inquietaba; ese deseo de salir a buscar más niños para Cristo.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Andrés fue uno de los primeros seguidores de Jesús, y aunque quizás no se destacaba en público, mostró siempre un corazón sensible al llevar a otros al Salvador. Él fue quien se lo presentó a su hermano Simón Pedro y quien encontró al niño que entregó su merienda a Jesús para alimentar a la multitud. Tú también puedes tener el gozo de ser usada por Dios para que otros lleguen al Salvador.

Imagina: Piensa en la iglesia, no como un edificio, sino como un grupo de personas que quieren ser las manos y los pies de Jesús.

- **¿Cómo podría ser la iglesia más efectiva?**
- **¿Cómo podría ser más eficiente?**
- **¿Cómo podría ser más ética?**
- **¿Cómo podría ser más hermosa?**

6

La convicción



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Puntos críticos

1. *¿En qué puntos difieren las personas sobre quién es Jesús?*
2. *¿En qué puntos críticos están de acuerdo las personas sobre quién es Jesús?*

En ocasiones seguimos a personas famosas o admiramos a personajes políticos que un día nos decepcionan. Nos enteramos de algún vicio oculto o alguna falta moral que afecta nuestra percepción de ellos.

Jesús, empero, no nos fallará jamás en ese apartado. Él es único, recto, perfecto y firme. Sin embargo, algunos no opinan lo mismo. Motivados por el enemigo, manchan su reputación e incluso maldicen su nombre.

Leamos esta pequeña conversación entre Jesús y sus discípulos al respecto:

Cierto día, Jesús se alejó de las multitudes para orar a solas. Sólo estaban con él sus discípulos, y les preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy?

—Bueno —contestaron—, algunos dicen Juan el Bautista, otros dicen Elías, y otros dicen que eres uno de los otros antiguos profetas, que volvió de la muerte.

Entonces les preguntó:

—Y ustedes, ¿quién dicen que soy?

Pedro contestó:

—¡Tú eres el Mesías enviado por Dios!

(Lucas 9:18–20)

Como seguidora de Jesús, ¿qué contestarías a su primera pregunta? ¿Qué dicen los demás de Jesús? ¿Qué cosas que ellos dicen has creído y quizá te parecen lógicas? ¿Qué cosas te han hecho dudar de lo que dice la Biblia?

Ahora, ¿qué responderías a la segunda pregunta? ¿Quién es Jesús para ti?

Los discípulos comprendieron la magnitud de la persona de Cristo paulatinamente.

Mateo, por ejemplo, entendió muchos versículos del Antiguo Testamento, pero quizá fue después de unos años.

Todo eso sucedió para que se cumpliera el mensaje del Señor a través de su profeta.

(Mateo 1:22)

Entre más estudies la Biblia, como lo hizo Mateo, más conexiones irás haciendo entre la persona de Jesús y su rol como el Salvador del mundo.

Juan, por su parte, entendió que lo más importante en el mundo es creer en Jesús como el Hijo de Dios. Fíjate cómo termina su evangelio. Nos cuenta el privilegio que tuvieron los apóstoles al convivir tres años con Jesús, pero nos deja claro que el propósito de la vida de Jesús, su muerte y resurrección son de beneficio para todos.

Los discípulos vieron a Jesús hacer muchas otras señales milagrosas además de las registradas en este libro. Pero estas se escribieron para que ustedes continúen creyendo que Jesús es el Mesías, el Hijo

de Dios, y para que, al creer en él, tengan vida por el poder de su nombre.

(Juan 20:30-31)

A final de cuentas, es trascendental que todo seguidor se pregunte: ¿A quién sigo? ¿Vale la pena seguir a esta persona? ¿Daría mi vida por esta persona? A esa conclusión llegaron once de los discípulos y sus vidas cambiaron para siempre.

Que la confesión de Pedro nos anime. Por eso, te invitamos a leer un cuento que nos habla sobre cuánto vale la pena dejar todo por la Joya de más valor.



Una paloma entre las gaviotas

POR CARMEN QUERO

Creo que los lugares pertenecen a las personas que más los han vivido. Quiero decir, vivido de verdad. El lugar propio es allí donde una aprende el arte de vivir feliz y con sentido. Por lo tanto, al mío lo llamaré el Lugar de mi Bendición.

Soy la mejor amiga de Paloma y puedo definirla de una manera honesta y llana, justo allí, en su Lugar de Bendición.

Un piojo caminó por encima de un pequeño tubo negro de textura rugosa similar al cuero. Paloma, o Palo, como le llamaba, reaccionó como un resorte y lo espantó. El tubo contenía su trofeo, el fruto del esfuerzo máximo. ¡Su orgullo bien ganado! El diploma de la Universidad de la República (UdelaR) declarándola: Bióloga Marina.

—¡Piojos de las piedras! ¡Son lo único que no soporto en este lugar donde crecí! —chilló Paloma al ver la criatura acorazada cerca de sus piernas—. Ya sé que son inofensivos, ¡pero son temerarios! Brotan de los huecos y trepan todo lo que está a su paso.

Solía ser una chica curtida e imperturbable ante pequeñeces, pero no había manera de permanecer calmada cuando, de repente, un millón de patas subían por los brazos y hasta el cuello.

Paloma evocaba los años de su niñez y adolescencia, mientras se dejaba llevar por detalles que jamás había olvidado. En sus veintitrés años recién cumplidos, sentada en la enorme roca cerca de unos pescadores y del viejo faro, repasaba el camino recorrido: uno largo y sinuoso hacia la mujer en la que se había convertido.

Apreciaba todo de Punta del Diablo. Vivir en *shorts* y remeras de breteles finitos, incluso en medio de la fatiga de los trabajos diarios. El pequeño pueblo de pescadores en las costas de Rocha era un paraíso con casas de colores vibrantes, de olor a sol y sal.

Nuestras familias se habían asentado sobre sus playas a principios del mil novecientos. Nuestros abuelos, pescadores y amigos de ley, vinieron juntos desde Valizas, para emprender una nueva vida propia, lejos de los sinsabores del pasado.

Los niños formamos parte de ese proyecto de vida. Así lo entendían nuestros mayores, porque esperaban que nuestro futuro luciera más bonito, seguro y libre de temores.

No teníamos vallas en el fondo de las viviendas que daban al mar, ni en los frentes ni entre casa y casa. Un pie fuera de la cama y corríamos hacia la playa, sin abrir portones ni cruzar calles. Así de cerca estábamos de nuestro océano de energía y libertad. Éramos felices como nadie. No sospechábamos de terrores interiores o amenazas de alguien o algo.

Hoy, ya no podemos. El terreno que nos separaba del mar tiene dueño. No sé de dónde salió. Nadie puede correr más. La playa donde nuestros papás nos enseñaron a nadar de chiquitos, se fue convirtiendo en algo *for export*. Ahora tienes que pagar hasta para respirar el aire del mar.

Los hombres se dedicaban a la pesca del cazón, que es el tiburón niño. Luego lo vendían a los viajantes de la industria

Seguidoras de Jesús

pesquera de exportación para consumo humano y la extracción del aceite de su hígado. Lo hacían en sus barcas de madera de teca, tan sencillas como recias para enfrentar al mar más impetuoso.

Las mujeres eran artesanas, creadoras de objetos bellos a partir de cositas que traía la marea o las barcas en sus redes: caracoles y estrellas de mar, boyas de vidrio, piedras, huesos, medallas y caballitos de mar fosilizados.

Los chicos íbamos a la escuela durante el otoño y el invierno. En el verano jugábamos, construíamos las cosas más alocadas, ayudábamos a lavar las barcas, a acarrear el pescado y a seleccionar rarezas para las artesanías. También las vendíamos a los turistas.

Así, Viviendo, con V mayúscula, se nos pasó volando la infancia.

La adolescencia llegó flotando como una medusa transparente.

Íbamos al colegio en La Coronilla en autobús. Era nuestra primera independencia: viajar esos poquitos kilómetros solos, como dueños de nuestro destino.

Hubo dos cambios rotundos, además de la madurez física y el comienzo de la escuela secundaria: por un lado, Paloma y yo comenzamos a trabajar durante el verano en el Museo Marino de Punta del Diablo; y de la mano de ese nuevo «estatus», ambas decidimos nuestras futuras carreras de estudios superiores.

Habíamos sido las primeras en visitar el museo el mismo día de su inauguración, junto con unos turistas ingleses. Los ojos se nos salían de sus órbitas como en los dibujos animados. Era ver la película de nuestro mar y sus criaturas, desfilando en una vitrina de cristal y en afiches brillantes.

Palo era la más intrépida e inteligente. El mismo día de la apertura del museo, preguntó a la encargada qué era lo que había que hacer para conseguir trabajar allí en el verano. Además pidió que le aceptaran redactar una solicitud de empleo.

Yo la admiraba al máximo del deslumbramiento. Con una amiga como ella, mi vida nunca sería aburrida. No me importaba seguir sus pasos, aun desde mi timidez.

Tal cual lo esperaba, Paloma consiguió el empleo. Pero lo que jamás imaginé fue que ¡también conseguiría uno para mí! Así, con apenas 14 y 15 años, subimos a la categoría de empleadas públicas de la República Oriental del Uruguay. El museo pertenecía a la Secretaría de Recursos Naturales de Rocha y eso, para nosotras, era como estar cerca del presidente de la nación.

En el museo, nuestro contacto diario con los misterios de las ciencias naturales, no hizo otra cosa que reafirmar el enamoramiento que ya sentíamos por los animales del agua, por sus rocas milenarias, las aves, las algas y por la danza en que todos nos movíamos.

Paloma se enteró de la carrera universitaria que abarcaba todas esas nociones, y le arrancó la promesa a su mamá de que, en dos años, harían el esfuerzo de pagarle los estudios en Montevideo. Le juró que ella misma se «quemaría las pestañas» hasta traerles, en el menor tiempo posible, el diploma honorífico, para que ellos lo exhibieran a todo el pueblo y a los turistas en el puesto de artesanías de la familia.

Tanto ella como sus papás cumplieron su palabra.

Nos criaron como hermanas, un reflejo de nuestras madres quienes también habían sido inseparables desde la cuna. De hecho, sin pensarlo dos veces, me pusieron el nombre Johana, como mi tía del corazón, la mamá de Paloma. Para evitar confusiones decidieron decirme Jana.

¿Quién podría confundirme con la maravillosa Johana Matos? De suceder alguna vez, lo guardaría como un trofeo dentro del pecho. Bellísima de la cabeza a los pies, de ojos y cabello oscuro que destacaban más su piel de lámpara blanca. Su manera de sonreír y hablar suave no le quitaban ni una pizca de firmeza y determinación.

Seguidoras de Jesús

«No tomo sol y punto», decía riendo. «Es una decisión de mis células y de mi cerebro. No me dejo llevar por modas absurdas, ¡y eso no me hace menos “costeña”! Por lo tanto, me verán bien plantada en la playa, debajo de una sombrilla o en camisola larga, con un sombrero de ala ancha. O en la protección del puesto de artesanías o al abrigo de los restaurantes del lugar, disfrutando una paella de mejillones o un buen bife de corvina. Contentísima, aunque siempre en alguna sombra fresca y tranquila».

Además, Johana era una voz sabia de calma ante las amenazas de tormentas en alta mar. Escuchábamos las ráfagas desde la casa, adivinando la altura de las olas allá lejos mientras pensábamos en los hombres de la familia en las barquitas.

Sabíamos de buena fuente cuántos de esos padres de familia del pueblo jamás regresaron. Sus seres queridos se quedaban muchos días mirando hacia el horizonte, con la incertidumbre más dolorosa.

—Sus papás saben nadar —nos recordaba ella, a Paloma, a su hermano, y a mí y a mi hermano, en esas noches terroríficas.

—Además siempre oramos al Dios de los pescadores, ¡que es el más fuerte y rápido! Es capaz de sacar de la misma garganta del abismo a quienes confían en Él.

La primera vez que escuché hablar del Dios de los pescadores fue de boca de Johana. Nos quedamos toda una noche en vela, en cama y tapadas hasta la nariz, oyendo la fuente de tanto conocimiento místico. Eran días en que en mi casa no andaban bien las cosas entre papá y mamá, y ellos me mandaron a pasar una semana con mi amiga del alma.

Una anciana del pueblo le había llevado a los padres de Paloma una Biblia. Fue a cambio de un centro de mesa hecho con caracoles gigantes y un caballito de mar, que Johana le había obsequiado en un impulso, porque (decía) había tenido la corazonada de haber conocido a un ángel de la antigüedad.

Se trataba de las «joyas del océano»: no se ponían a menudo a la venta, ¡y menos se regalaban! Eso nos hizo siempre

admirar el libro sagrado y no olvidar jamás cómo, regalo por regalo, el adorno se fue con la anciana ángel, y la Biblia del Dios de los pescadores, con nosotros.

Lo que la Biblia enseñaba era opuesto a la filosofía derrotista que tuvo, entre otros, el abuelo de Palo quien nunca aprendió a nadar.

Un turista una vez le preguntó:

—¿Y si tenés problemas en alta mar?

—Se te acaba rápido el problema —le respondió.

Pero a Johana, su hija, ese espíritu le parecía contrario a lo que había aprendido en las páginas de la Biblia. El Creador había puesto todos los elementos naturales y al ser humano ahí en medio, para que los cuidara, pero también para que los administrara a su favor.

No vinimos al mundo para dejarnos morir ante el primer naufragio. Había razones para dar batalla y llegar a la orilla. A empezar de nuevo todo, si fuera necesario. Pues una tempestad no es el fin. La vida vale más por lo que podemos dar que por lo que vamos perdiendo con cada navegación complicada.

¡Ah! ¡Cuánto crecía el coraje en nuestro pecho al escucharla interpretar el Espíritu del Libro!

—¡No seremos como las gaviotas! —nos advertía—, con sus cabezas hacia la arena, a la pesca de una almeja distraída, jamás en vuelo alto, nunca con una misión trascendente. Ya tenemos bastantes gaviotas en la playa y sobre las rocas. ¡Son necesarias las almas de paloma! ¡Son imprescindibles!

—Entonces, procuraremos ser una paloma —exclamamos. Despierta, alerta y tenaz al momento de obedecer su instinto. Una paloma bravía que tiene claro el destino al que se dirige. Con su mejor determinación lleva un mensaje en cada vuelo. Firme y decidida. Mansa, pero aun así, luchadora.

Así era la Paloma de Johana: su hija.

Y así fuimos aprendiendo el significado de los pormenores grandiosos de la existencia.

Seguidoras de Jesús

Paloma tuvo sus tropiezos. Su debilidad era su carácter de fuego, una desmesura ante lo que consideraba incorrecto o injusto. Una testarudez a flor de piel que la llevaba en andas.

Recuerdo aquella noche que, investigando movimientos raros en la costa descubrió a unos portugueses embarcándose en botes contratados a cambio de unos pocos euros.

Salían en plena oscuridad mar adentro para esperar el amanecer lejos de la vista del pueblo. Volvían al anochecer siguiente con aletas de tiburones embolsadas, tras mutilar decenas de ejemplares.

Era más que el comercio ilegal de fauna marina. Era una masacre sin nombre. Los tiburones eran atrapados, cortadas sus aletas dorsales y arrojados de vuelta al agua, dejándolos a su suerte en una agonía lenta y despiadada.

No pudo soportarlo. Se vistió de negro como Gatúbela, tomó un bidón de queroseno y, mientras los delincuentes bebían cerveza en la cantina haciendo tiempo para el embarco, ¡prendió fuego a los botes antes de que zarparan!

Fueron tan enormes sus nervios y miedo que, después de eso, en lugar de volver a su casa y acostarse, se arrojó al mar, cruzó la rompiente y se internó nadando furiosa: mar adentro, en las aguas abiertas de la Punta del Diablo.

Como si la hubiese tragado la tierra después del mar, no se escuchó ni un chapoteo, ni un grito ahogado. Aunque, si lo hubiera producido, nadie hubiera podido escucharla. Se hallaba sola, hundida en su rabia justiciera, en el vientre de su amigo líquido y frío.

«No. Este “piso” no es un banco de arena. Tampoco es el barco que incendié, ¿no fueron tres los barcos que destruí...? ¡Qué extraño es estar sobre las olas como sobre el asfalto de la ruta hacia La Coronilla! No estoy flotando, ¡pero mi cuerpo está firme sobre el agua!».

Despertó abrazada a una aleta plateada, la aleta dorsal de un animal marino. No se trataba de un tiburón *zombie*.

Tampoco se encontraba en un delirio de la medio difunta. ¡Se trataba de una tonina!

«Es imposible», pensó débilmente. «Hace al menos un par de décadas que no se ven por la costa rochense, ni por la de Canelones, ni en la de Montevideo».

Volvió más nítidamente en sí, se irguió, y al levantar la cabeza se encontró con el ojo del delfín acerado. La miraba fija y divertidamente, como diciéndole:

«¡Ey! ¿Por qué tan cobardona, Paloma Brava? ¡Fíjate bien, nadie ha muerto aún!».

¡Era verdad! Su grande y maravilloso mundo estaba intacto. Hasta las toninas habían regresado, con sus lomos lustrosos, sus narices de botella, sus aletas triangulares tan vigorosas como para aferrarse sin temor; y sin soltarse, en una noche de desesperación y equivocaciones, emprender el regreso a tierra firme, brazada a brazada, con ritmo regular y decidido.

—No es tu trabajo salvar a los tiburones —le dictó la voz de aquella anciana que se quedó con el caballito de mar—. Estás para cosas más formidables. Recuerda a las gaviotas. Estás para mostrar el milagro del regreso de los delfines a aquellos que sólo sueñan con aletas ensangrentadas de tiburones malheridos. Como sus mismos corazones de pescadores pobres.

La vida nos separó. Los caminos de Paloma y los míos se dibujaron como una «Y». Aun así, de alguna manera misteriosa, seguimos a la par.

Paloma ya es bióloga. Pronto seré ingeniera naval. En nuestros sueños locos estuvo siempre trabajar en un gran emprendimiento laboral, mejorando la calidad de vida del universo pesquero, tanto de las personas como de los animales marinos. Hay gente oceánica, como hay «bichos» del mar. Sólo Dios sabe si nuestros caminos volverán a juntarse físicamente.

Lo que siempre nos mantendrá unidas, es la misión aprendida: trabajar todo el tiempo entre la vida y la muerte, para darle a la vida otra oportunidad.

Sus últimas palabras susurradas a mi oído en la estación de ómnibus, el día que dejó Punta del Diablo para ir a su nuevo hogar en el campus de la UdelaR, se definieron como un pacto entre las dos:

«No te olvides de llamarme al celular, así tenemos reuniones para hablar de nuestros rincones interiores. No te olvides de leer algo en la Escritura, cada día, sin presiones pero sin desvíos. Ama al Creador con pasión, antes de que un chico inteligente y guapo conquiste tu corazón. Y cuando eso ocurra, ámalo más. Él es el único que dio su vida por nosotras. Nunca nadie más llegará tan lejos por amor».

Concluyó diciendo: «Revela a Jesús y los misterios maravillosos de las Buenas Noticias. Ajusta el cinturón de tu fe y esperanza sólo en Dios. ¡Es la victoria de tu alma!».

Esa fue una propuesta saludable que Palo no necesitó imponerme. Me había persuadido. Había nacido para ser líder en el vasto mar del alma humana, en el arte de pescar valores que le dieran sentido a nuestras vidas.

Yo, Jana, la mejor amiga-casi-hermana de Paloma cuento esto. Y es verdad.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Pedro fue el apóstol intrépido que siguió a Jesús. Y como él, hoy hay cientos y miles de Palomas, Janas, Johanas, y ancianas alrededor del mundo que intercambian joyas de nácar por Joyas Eternas. Vale la pena buscarlas, para sumarse a sus emprendimientos, para ser felices y para ser útiles. Para ser discípulas del Gran Maestro Pescador.

Belleza y verdad:

- **¿Puedes encontrar belleza en esta historia?**
- **¿Puedes encontrar verdad en esta historia?**
- **¿Cómo puede la belleza revelar la verdad?**
- **¿Cómo puede la verdad revelar la belleza?**

7

La humildad



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Puente 3-2-1

1. *Escribe tres palabras sobre la humildad.*
2. *Escribe dos preguntas sobre la humildad.*
3. *Escribe una metáfora o símil sobre la humildad, por ejemplo: la humildad es como...*

En las redes sociales se nos invita al protagonismo. Lo importante, se nos dice, es ser vistos, ser oídos, ser aceptados. Sin embargo, los seguidores de Jesús nos regimos por valores opuestos, y uno de ellos es la humildad.

El seguidor de Jesús debe tener un compromiso de humildad incondicional.

En cierta ocasión, los apóstoles se enfadaron. ¿Cuál fue la razón?

Entonces los discípulos comenzaron a discutir entre ellos acerca de quién era el más importante.

(Lucas 9:46)

¿Qué opinas de su discusión? ¿Has participado en una conversación parecida o la has sostenido en tu mente? Fíjate en la reacción de Jesús. ¿Qué dijo?

Pero Jesús conocía lo que ellos pensaban, así que trajo a un niño y lo puso a su lado. Luego les dijo: «Todo el que recibe de mi parte a un niño pequeño como este, me recibe a mí; y todo el que me recibe a mí, también recibe al Padre, quien me envió. El más insignificante entre ustedes es el más importante».

(Lucas 9:47-48)

¿Qué opinas de su comentario? ¿Qué quiso enseñarles?

Los seres humanos somos como los discípulos: exclusivistas, tribales, racistas. Nos gusta convivir en grupo y señalar a los demás grupos como si fueran menos importantes. Para validarnos, menospreciamos a los demás. Temerosos de nuestros defectos, preferimos evidenciar los de otros.

Sin embargo, pensemos en un gusano y en un ángel. En un salmo mesiánico, David se comparó a un gusano. Más tarde, Jesús usó ese salmo para referirse a sus sufrimientos. Por otro lado, el ángel creado más hermoso fue Lucifer quien se enorgulleció y cayó. Por esa razón, alguien dijo: «Es mejor ser un gusano humilde que un ángel orgulloso».

La humildad no es un tema que nos guste, pero en el reino de Dios es un valor importante porque caracterizó a Jesús mismo. Él jamás se enorgulleció o experimentó la arrogancia. Al contrario, se humilló y actuó incluso como un esclavo o un siervo como lo vimos en la lección pasada.

Piensa por un momento en los apóstoles. ¿Cuántos puedes nombrar de memoria? ¿A tres? ¿A cuatro? ¿Pedro, Juan, Santiago? ¿Judas? Hay algunos que solemos olvidar: Tadeo, Jacobo el menor, Tomás, Simón el zelote. Si pudieran ellos venir hoy al siglo XXI y sentarse a tu lado, ¿crees que se sentirían ofendidos porque no te acuerdas de sus nombres? ¿Se molestarían porque Pedro es más mencionado?

Quizá sí. Quizá no. Sin embargo, creo que, al mirar las cosas en retrospectiva, sólo sonreirían y dirían: «Sin problema. Estuvimos con Jesús. Es lo único que importa».

Seguidoras de Jesús

Tristemente, no lo creemos del todo. Al ir caminando por la vida, despreciamos a los demás. Los discípulos, por ejemplo, como buenos judíos, no se llevaban con los samaritanos ni con los romanos.

¿Cómo reaccionaron cuando vieron a Jesús dialogar con una samaritana?

Justo en ese momento, volvieron sus discípulos. Se sorprendieron al ver que Jesús hablaba con una mujer, pero ninguno se atrevió a preguntarle: «¿Qué quieres de ella?» o «¿Por qué le hablas?».

(Juan 4:27)

Nosotros quizá tampoco diríamos nada, pero nuestro corazón se opondría. Los apóstoles tuvieron que aprender lentamente la lección de la humildad. Pedro tuvo que aceptar que la salvación también era para los gentiles a través de una visión. Los apóstoles vieron a gente de otras naciones formar parte de la Iglesia y quizá al principio sintieron incomodidad.

Pero poco a poco lo entendieron. Jesús les dijo:

Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma.

(Mateo 11:29b)

¿Vivimos preocupadas? ¿Estresadas? Quizá nos falta humildad. Veamos el ejemplo de Jesús:

«Mira, tu Rey viene hacia ti. Es humilde y llega montado en un burro: montado en la cría de una burra».

(Mateo 21:5b)

Tengamos un corazón humilde, uno que no busque el primer lugar, sino que busque solamente estar con Jesús.

Veamos esta historia que nos habla de un grupo de personas en la sociedad que son menospreciadas y evaluemos nuestra reacción ante sus problemas.



El brazalete dorado

POR JULIANA MORILLO

A paso lento, pero con la firme decisión de que debía salir para buscar un horizonte mejor, Juana se despidió de su madre y hermanos, les pidió su bendición y se ajustó la mochila, donde llevaba cosas básicas para su larga travesía.

Con el corazón desgarrado y lágrimas en los ojos, se unió al grupo de caminantes que partía de madrugada para atravesar la frontera. Todos, conscientes de los peligros que enfrentarían, hicieron una oración juntos por protección.

Juana recordaría después, que fue la decisión más dura de toda su vida: tener que abandonar a su madre enferma, a sus hambreados hermanitos menores, su tierra y todo lo conocido, sin saber qué le esperaba o si alguna vez regresaría. Duro, ¡muy duro!

Iniciando la marcha con el grupo, suspiró:

«¡Ya han sido demasiadas pruebas...! Luchando siempre aquí para ayudar a mi familia. Esta situación desesperada, de escaso alimento, un clima infernal y tener que cuidarnos del Covid. ¡Además estos huracanes que nos dejan sin casa, sin cosechas y sin mis dos primos! No tengo aliento para nada más; pero... hay que sacar fuerzas de donde no las tengo. A ver si en algún lado tengo suerte pronto, para ganar algo y enviárselo a mi mamá».

Juana era trigueña, de cabellos negros trenzados; una joven alegre, impetuosa y de carácter recio. La apodaban Centella porque hacía frente a las dificultades con valentía, sin darse por vencida. ¡Pero esta situación la quebraba!

Seguidoras de Jesús

Manteniéndose al ritmo de los migrantes, Juana volvió su mirada al puerto ya lejano. Los barcos dispersos le recordaron cómo desde niña había aprendido el oficio de su padre en ese pequeño pueblo de pescadores. Salía a pescar con los mayores, y siempre, sin salir muy lejos, conseguían abundancia de peces. Les iba bien.

Pero un día comenzaron a llegar barcos extranjeros de arrastre que no respetaban las zonas de pesca y se llevaban todo. ¡llegó un momento en que los locales no capturaban nada! Recordó cómo entonces, la familia probó la agricultura, pero el clima no les ayudaba. Se había vuelto impredecible. Casi no llovía y lo sembrado nunca prosperaba.

Juana no tenía nada que perder. Sentía que ya lo había perdido todo, excepto a su familia que la necesitaba. La comida escaseaba y su mamá enferma requería atención y medicamentos. ¡No dejaba de pensar en lo injusto que era tener que abandonar todo lo conocido! ¡Ardía en ira!

El cansancio de todo un día de sol y caminata ya comenzaba a hacer mella. Llevaban doce horas de camino, casi sin descanso. La meta era llegar lo antes posible a la frontera. Al paso, recibían miradas temerosas o denigrantes, de sospecha o indiferencia y, a veces, miradas compasivas de transeúntes con quienes se cruzaban.

Los caminantes miraban con ansias los puestos repletos de comida, dispersos a lo largo de la carretera; pero, ni un gesto de solidaridad ni de querer compartir ni una bebida. Había que rogar por agua, hasta que alguna persona compasiva les permitiera llenar sus botellas.

Desde los vehículos que pasaban presurosos, escuchaban: «¡Váyanse del país, holgazanes! ¡Buenos para nada!», y otras expresiones denigrantes que daría pena repetir. Sabían que esto no era nada. Otros ya les habían advertido cómo sería esta travesía: con retenes militares, golpizas, humillaciones, los pies ensangrentados después de días de caminata; la gente al paso, inmisericorde. Violaciones, abusos, retorno forzado.

El grupo era grande, incluyendo a mujeres con niños y a adolescentes que viajaban solos. Se dividieron en grupos pequeños para seguir el difícil trayecto por campos y praderas. En uno o dos días, cruzarían el río. ¿Se encontrarían al otro lado del río? ¿Quizás no?

En el grupo de Juana había siete mujeres: dos adolescentes, otra joven como ella y una madre con dos hijas pequeñas. Una noche de luna iluminaba su camino. Encontraron un lugar cubierto, bajo árboles en donde descansar. Nadie las molestó en la noche, pero de madrugada, unos militares armados las descubrieron.

Sabiendo que eran migrantes, les apuntaron con sus armas y, con ojos obscenos, amenazaron con llevarlas al cuartel. Juana sabía qué estaban pidiendo. Sacó de un bolsillo escondido unos billetes que consideró serían suficientes para satisfacerlos. Mirando alrededor, ellos aceptaron el dinero y siguieron su camino.

Entre cantos de gallos y perros amenazantes de fincas vecinas, intentando callar los llantos de las pequeñas, reiniciaron su camino. Las piernas les temblaban. ¿Qué si las delataban? Avanzaban con lentitud, escondiéndose entre matorrales cada vez que veían a alguna persona.

A la tarde siguiente, ¡llegaron por fin a la orilla del ancho y caudaloso río! Con el poco dinero que llevaban, contrataron una pequeña balsa para cruzar. Temerosas, confiaron sus vidas al rudo conductor de la barca, quien hábilmente las guió hasta la orilla opuesta.

Exhaustas, pero agradecidas de llegar al otro lado del río, planeaban qué ruta seguir. Algo curioso distrajo su atención. Una joven campesina, con falda y cabello largo, les hizo señas y apuntó hacia una choza cercana.

«Vengan, les ayudamos con las niñas y les damos una merienda», les dijo.

Sin saber si era una trampa, o si debían confiar, su hambre las llevó a aceptar la invitación. En la choza, un poco escon-

Seguidoras de Jesús

didós, los recibió un grupo de personas alegres, ofreciéndoles refrescos y fruta y unas empanadas. ¡Qué alivio! Había dónde lavarse e ir al baño en privado, lo cual las mujeres agradecieron. Eran, decían, miembros de una iglesia y aunque se veían bastante pobres compartían lo que tenían, solidarizándose con los caminantes.

Antes de partir, una de las señoras entregó a cada viajera un brazalete dorado:

«¿Sabes leer? Ah, bien. Entonces llévenlo para el camino».

Juana leyó con curiosidad el mensaje inscrito: «Traten a los demás como a ustedes les gustaría que ellos los traten» (Lucas 6:31).

Había leído esto antes de pequeña, quizás en una iglesia. Ahora las palabras de Jesús adquirirían un nuevo sentido considerando los diferentes tratos que habían recibido como migrantes. ¡Las palabras reconfortantes, la comida y el amor sencillo de este grupo servirían para acompañarlas y animarlas durante el largo trayecto que tenían por delante! Estiró el brazalete y se lo colocó sobre la muñeca.

Tras once días de largo y tortuoso camino entre pueblo y pueblo en el país vecino, y apelando a la buena voluntad de uno que otro, Juana llegó por fin a la capital. El dolor de los pies, el cansancio extremo, su apariencia desgredada, ¡nada le robaría la satisfacción de haber logrado su objetivo!

Con ánimo, sacó las instrucciones para llegar a un parque donde le habían dicho que podría asearse y descansar más segura. Caminó como una hora, observando cada detalle de las ruidosas calles. Finalmente, al llegar al parque, se sentó en una banca.

«¡Gracias, Señor! ¡Llegué! Ahora, ¡a buscar trabajo! Necesito dinero para comer y para enviar a mamá ¡Lo necesitan pronto! ¿Por dónde comienzo?».

Cerca del parque donde se resguardó Juana las primeras noches de su estadía en la ciudad, conversaban animadamente en un salón de té, dos jóvenes amigas. Habían sido inseparables desde que se conocieron en la iglesia durante la infancia. Ahora, se reunían al menos una vez cada semana para estudiar o platicar después de la jornada escolar.

Hoy estaban absortas, mirando a un grupo de personas, aparentemente migrantes, que estaban sentadas en las bancas del parque. ¡Había como veinte! Una de ellas, trigueña, muy delgada, y de cabello negro trenzado, llamó especialmente su atención.

—¡Nos están invadiendo, Susi! Y me da temor. ¡Son unos perezosos! No hacen sino pedir limosna con sus hijos. Son un peligro. En cualquier descuido, nos roban. ¡No entiendo por qué tenemos que dejarlos venir a pasar mal acá! ¡Estarían mucho mejor quedándose en su propia tierra!

—Caro, me parece que estás siendo un poco injusta con esa gente. Seguro la vida no es tan fácil para ellos allá. Si han tenido que migrar, ¡por algo debe ser! Es fácil para nosotras juzgarlos sin entender.

—Ay, Susi, no me tildes de injusta. Lo único que ellos saben hacer bien, es mendigar y aprovecharse de las personas más sensibles como tú. Si quieres mi consejo, ¡mejor mantente distante de ellos!

Carolina estaba molesta, tanto, que no probó bocado de lo que había ordenado.

Se despidieron parcamente y Susi tomó el autobús. Carolina se quedó meditando un momento. Este tema la inquietaba. Se había mostrado dura y convencida frente a Susi, pero sabía que no estaba siendo del todo justa. Se preguntaba por qué tanto inmigrante, pero a veces prefería no pensar en ello. Las noticias en internet y en la televisión siempre aseguraban que los migrantes eran una peste y un peligro para la sociedad.

Seguidoras de Jesús

De pronto, sintió un malestar. A veces le daban unos mareos extraños cuando estaba alterada o cuando se le bajaba el azúcar.

Alcanzó a cruzar la calle y a llegar al parque, para sentarse en una banca. Se le nubló la vista y se sintió desmayar.

Cuando volvió en sí, estaba sentada y había varias personas a su alrededor. Una de ellas la abanicaba; un señor (¿quizás un médico?) le estaba tomando la presión. Una joven estaba detrás de ella sosteniéndola para que no se cayera, hasta que recuperara la conciencia. ¡Era aquella misma joven trigueña que antes había mirado con desdén! Carolina no supo qué pensar.

Se enteraría después que esta misma joven, viéndola desfallecer, había corrido a buscar un médico, ¡y este le había prestado los primeros auxilios en el momento preciso!

Ya casi recuperada, Carolina revisó de forma instintiva su cartera, segura de que le habrían robado las cosas valiosas que allí llevaba. ¡Estaba todo intacto! El dinero, su *laptop*, su celular.

Aún sostenida por los brazos de Juana, Carolina fijó su mirada en el brazalete dorado: «Traten a los demás como a ustedes les gustaría que ellos los traten».

Unas tiernas lágrimas salieron de sus ojos. Esta misma joven de quien ella había desconfiado por ser migrante había cuidado de ella y de sus pertenencias, ¡sin tomar absolutamente nada!

«¡Dios mío, perdóname! Yo desprecié a esta mujer y ella sin conocerme, ¡me salvó la vida!».

—Gracias por ayudarme, señorita, ¡por actuar tan rápido! —le dijo Carolina a Juana con expresión sincera—. ¡Según el médico se me bajó la glucosa y era urgente que alguien me auxiliara! ¿Aceptarías acompañarme a tomar un café?



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

El apóstol Santiago, conocido como «Jacobo el mayor», era hijo de un pescador, Zebedeo. Jesús lo escogió como uno de sus doce discípulos y lo apodó «hijo del trueno», por su carácter decidido e impetuoso. Como sus otros compañeros de misión, Santiago tendría que aprender que las Buenas Nuevas son para todos y dejar a un lado sus prejuicios. Sería también el primer apóstol en ser martirizado, ofreciendo con valentía su vida por causa del Evangelio.

Los tres porqués:

- 1. ¿Por qué empatizar con los inmigrantes es importante para ti?**
- 2. ¿Por qué empatizar con los inmigrantes es importante para los demás?**
- 3. ¿Por qué empatizar con los inmigrantes es importante para el mundo?**

Revisa lo que escribiste en el primer ejercicio del Puente 3-2-1. ¿Cambiarías algo o añadirías algo más? ¿Por qué?

8

El amor



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Recorrer la semana

Piensa en la semana que ha pasado.

- 1. ¿En qué ocasiones mostraste o no mostraste amor?*
- 2. ¿En qué ocasiones te mostraron o no te mostraron amor?*
- 3. ¿Cómo influyó el amor (que te mostraron o mostraste) para cambiar tu semana?*

A todos nos gusta decir que Dios es amor. Proclamamos el amor de Dios en todas partes, pero ¿amamos como Jesús ama? A los discípulos les costó mucho trabajo.

En primer lugar, debemos amar a nuestros enemigos. ¿Qué pasó en esta escena?

Cuando se acercaba el tiempo de ascender al cielo, Jesús salió con determinación hacia Jerusalén. Envió mensajeros por delante a una aldea de Samaria para que se hicieran los preparativos para su llegada, pero los habitantes de la aldea no recibieron a Jesús porque iba camino a Jerusalén.

(Lucas 9:51-53)

¿Qué hubieras hecho tú? ¿Qué sientes cuando la gente se expresa mal de Dios, de la Biblia o de la Iglesia?

¿Qué hicieron los discípulos?

Cuando Santiago y Juan vieron eso, le dijeron a Jesús: «Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que los consuma?».

(Lucas 9:54)

¿Qué opinas de su sugerencia? ¿Qué nos enseña esto de la forma de pensar de los seres humanos?

Ahora veamos la reacción de Jesús. Lucas nos dice que se volvió a ellos y los reprendió. Pero no nos dice exactamente qué les dijo. ¿Qué imaginas que contestó? Jesús ya había dejado muy clara su misión:

Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él.

(Juan 3:17)

Como seguidoras de Jesús debemos amar a todos, incluso a los que están en contra de Dios o de nosotras mismas. Debemos amar a los que andan mal y a los que no quieren saber nada de Dios. Debemos amar a los que quizá son diferentes a nosotros y también a los que pertenecen al pueblo de Dios.

¿Cuál fue el problema de los discípulos en este pasaje?

Juan le dijo a Jesús:

—Maestro, vimos a alguien usar tu nombre para expulsar demonios, pero le dijimos que no lo hiciera porque no pertenece a nuestro grupo.

(Lucas 9:49)

Seguramente has oído o has rechazado a los que adoran diferente a los de tu congregación o piensan diferente en cuanto a ciertas prácticas de reunión. Sin embargo, Jesús dejó

Seguidoras de Jesús

en claro que hay algo fundamental que nos une: la fe en Cristo como Hijo de Dios. Mira qué le respondió a Juan:

Jesús le dijo:

—¡No lo detengan! Todo el que no está en contra de ustedes está a su favor.

(Lucas 9:50)

No es fácil amar, aunque debemos hacerlo. Jesús lo pidió, y se lo rogó a los suyos tres veces en un mismo sermón. Lee estas porciones del evangelio de Juan:

Así que ahora les doy un nuevo mandamiento: ámense unos a otros. Tal como yo los he amado, ustedes deben amarse unos a otros.

(Juan 13:34)

Este es mi mandamiento: ámense unos a otros de la misma manera en que yo los he amado.

(Juan 15:12)

Este es mi mandato: ámense unos a otros.

(Juan 15:17)

¿Crees que tenemos alternativa siendo que Jesús repitió que deseaba que el amor distinguiera a sus seguidores? No olvidemos que los dos mandamientos más importantes también incluyen la palabra amor:

«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el primer mandamiento y el más importante. Hay un segundo mandamiento que es igualmente importante: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Toda la ley y

las exigencias de los profetas se basan en estos dos mandamientos.

(Mateo 22:37-40)

Te compartimos un cuento donde el amor al prójimo se muestra de una manera práctica.



Sanada por el amor

POR GRACIELA ROZAS

Janet llegó por la mañana al refugio de mujeres en situación de riesgo y violencia, y como todos los días, elevó una oración antes de entrar.

«Señor, úsame para ayudar a alguien hoy».

Entró y saludó con abrazos cariñosos a las que ya conocía. Repartió algunos dulces entre los niñitos que estaban con sus madres, llevó hasta la cocina las verduras de su huerta y entonces, la vio. Tendría quince o dieciséis años. Despeinada y huraña, colgaba de una silla como un trapo sucio. De tanto en tanto se tapaba la boca con la mano, conteniendo una arcada. Janet se acercó y poniéndole una mano sobre el hombro, le preguntó:

—¿Tienes náuseas? ¿Quieres que te sirva algo?

—¡Déjeme! —casi le escupió la palabra con voz ronca y le apartó la mano con rudeza.

Janet conocía esa reacción. Sabía que no era contra ella. Era contra todo el rechazo que la había herido. Era contra los golpes que le habían estampado esos moretones que lucían sus brazos, contra todo lo que la había empujado a llegar esa mañana a ese lugar desconocido. Ella sabía, porque también había estado allí.

Seguidoras de Jesús

Como un latigazo en su memoria, pasaron por su mente viejos pensamientos y escenas desoladoras del pasado...

¿Qué hago? ¿A dónde voy? A casa, ni pensar. Lo más probable es que mi padrastro esté borracho y no me deje acercarme a mi mamá. No sé por qué me detesta tanto. ¿Qué culpa tengo de que el hombre que me engendró nunca se hiciera cargo? ¿Qué he hecho más que tratar de no molestar, durante toda mi niñez?

Cuando me cansé de su maltrato hacia mi mamá y lo enfrenté, entonces los golpes fueron para mí también. Si mi mamá se hubiera puesto de mi lado, hubiéramos podido cambiar la historia... pero no, sólo sabía justificarlo y soportar; parece que le importaba más mantenerse bajo esa turbia seguridad, que sacar a flote a su hija.

Su última maldad fue, en represalia por una discusión, quitarme a mi perrito Batuque, el único que me mostraba cariño, y abandonarlo en la carretera. Lloré durante una semana.

No lo aguanto más. Nadie me da ni una pizca de amor en mi casa. Mejor le hago caso al Rober y me escapo con él.

—De acuerdo, si no te sientes bien no voy a molestarte. Sólo permíteme darte un medicamento para tu malestar.

Suavemente le acercó un vaso de agua y una pastilla. La muchacha la miró, y tal vez porque vio firmeza y dulzura combinadas en su rostro, aflojó ese gesto defensivo y aceptó lo que le ofrecía.

Janet siguió acomodando las cosas en la cocina. De vez en cuando la miraba de reojo disimuladamente. Cuando percibió que ya se sentía mejor, le preguntó:

—¿Quieres desayunar ahora? —y le acercó una taza humeante y unas rebanadas de pan. Mientras la chica se iba suavizando ante esas sencillas muestras de amor, le preguntó:

—¿De cuántos meses estás?

—No sé... dos o tres. Pero me lo quiero sacar...

Me lo quiero sacar. No quiero, no puedo seguir con esto adentro. Maldito Rober, me dijo que me quería. Me dijo que me fuera a vivir con él, me hizo pelearme con todos en mi casa, me endulzó con dos o tres mimos.

Creí que por fin podía tener amor; era la primera vez que alguien me prestaba atención, me llevaba a pasear y me hacía sentir linda. No me importaba que viviéramos en ese cuartito oscuro en la casa de su madre, que no tuviera trabajo, que el dinero que a veces traía tenía un origen sospechoso. Yo le creía y le perdonaba todo. Hasta el día de ayer en que, con ilusión, le dije que estaba embarazada.

—¡Me sacas a esa loca de la casa! —gritó su madre— ¡Encima que come gratis, nos va a traer un crío, como si no tuviéramos suficientes problemas!

La pelea fue infernal y el romance terminó como todo en mi vida. Un amor de humo que se desvaneció a la primera tormenta. Un amor de papel que se deshizo cuando tenía que protegerme. Un amor donde puse todo y no me devolvió nada. Me dejó así, vagando por las calles grises, con otra vida en el vientre y plomo en el corazón.

La chica rebuscó dentro del pequeño bolso donde posiblemente estaban todas sus pertenencias en este mundo y sacó un papel con una dirección.

Seguidoras de Jesús

—Me dijeron que en este Centro de Salud me lo pueden sacar. Yo no tengo dinero. ¿Usted sabe si cuesta mucho?

Su mirada erraba buscando algún rincón donde posarse. Janet se dio cuenta de que la vergüenza y la desconfianza no la dejaban mirarla de frente. Suspiró, dejó lo que estaba haciendo y se sentó junto a ella.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Janet suavemente. La chica asintió con la cabeza, mientras las lágrimas bajaban a tropezones por su rostro mustio...

El miedo es como una garra, cortándome la respiración. ¿Por qué estoy haciendo esto? Es que no veo otra salida.

En la Sala de primeros auxilios del barrio, una enfermera locuaz me convenció:

—Nena, en tu condición no puedes tener a esa criatura. ¿Cómo la vas a criar? Te va a arruinar la vida. Lástima que no viniste antes, te hubiera dado pastillas anticonceptivas. ¿Nadie te enseñó a cuidarte? Bueno no hay problema, todo tiene solución. Aquí no tenemos las condiciones, pero las nuevas disposiciones del gobierno garantizan que se te haga un aborto sólo con que lo pidas. Tienes todo el derecho. Yo te hago una nota para que te acepten en el hospital. Sabes dónde queda, ¿no?

Llegué hasta el hospital arrastrando con pesadez los pies. Tal vez porque desde la noche anterior no había probado bocado o por las náuseas propias de los primeros meses o quizá por el calor bochornoso del mediodía. Sentía que todo a mi alrededor daba vueltas y los sonidos se fundían en un remolino que giraba dentro de mi cabeza.

No, no era el hambre, ni las náuseas ni el calor. De repente supe con certeza que era miedo. Miedo a todo: al aborto, al dolor, a la muerte y a la oscuridad que entenebrecía cada minuto

de mi vida. Jadeante me detuve y me senté en un banco de la plaza que estaba frente al amenazante edificio.

Esta vez la muchacha aceptó el leve abrazo que Janet intentó darle, pasando el brazo sobre sus hombros.

«¡Si pudiera transmitirte todo el amor y la compasión que me despiertas! ¡Si supieras que yo también estuve allí!».

—Te propongo algo, ahora ve a tomar una ducha y relájate. Te daré algo de ropa limpia que tenemos aquí. Verás que así te sentirás mejor. Luego podemos hablar y ayudarte a decidir lo mejor. ¿Te parece?

Mientras la chica nueva se duchaba, Janet salió al jardín y se sentó a la sombra de su árbol favorito. Siempre le parecía sentir los brazos amorosos de Jesús al descansar allí. Inclino su cabeza imaginando que la reclinaba sobre el pecho de su Amado. Volvió a sentir que la inundaban esa paz y amor que sólo había conocido al ser rescatada por Él. En un murmullo oró:

—Querido Señor, hoy llegó otra ovejita herida, tal como me encontraste a mí hace tiempo. Te pido que la abracés, la sanes y la acaricies con ese amor que echa fuera el temor. Úsame para llevar tu luz a su oscuridad. La necesita mucho. Lo sé porque yo también estuve así.

Aún rodeada del fuego del mediodía, cerré los ojos y me sentí hundida en un pozo de oscuridad. Sola y con miedo, parecía que la muerte estaba llamando a esa vida que ya latía en mi vientre.

Si la muerte gana la batalla, quiero que me arrastre a mí también.

Seguidoras de Jesús

Confundida en el remolino de esos pensamientos, no me percaté de la muchachita que se sentó a mi lado hasta que suavemente me tocó el brazo.

—¿Te sientes mal? ¿Puedo ayudarte en algo?

No, nadie puede ayudarme, nadie quiere, nadie se interesa...

Quise decirle pero sólo pude negar con la cabeza. Me extendió una botella de refresco.

—Toma, creo que lo necesitas. Déjame decirte algo importante: no olvides que Dios te ama.

¿Que Dios me ama? ¡Qué ridículo! ¿Dónde estuvo hasta ahora, mientras mi vida se iba hundiendo más y más en un pozo de desprecio y soledad?

Sin embargo, sus palabras quedaron como un eco persistente en mi cabeza:

Dios te ama... Dios te ama.

El refresco calmó la sequedad de mi garganta, pero la sed de amor que había sentido toda mi vida, no se calmaba con nada. De pronto, como desde el fondo de un abismo, elevé una oración: «*Dios, si de veras me amas, demuéstramelo.*»

Sin mucha esperanza de ser escuchada, cerré los ojos, indecisa ante la opción de entrar ya y pedir el aborto en el hospital. Y entonces lo escuché. Un lejano ladrido familiar. ¿Era acaso el recuerdo del único ser que jamás me retiró su cariño? Pero lo oí cada vez más cercano. Me asomé por la puerta, ¡y sí, allí estaba! ¡Batuque, limpiecito, bien cuidado, meneando la cola con alegría y celebrando nuestro reencuentro! ¡No lo podía creer!

—¡Batuque! ¿Dónde estabas? ¿Quién te cuida tan bien?

Como entendiendo, mi querida mascota se lanzó a la carrera. Me olvidé de todo: del Rober y su madre, de la enfermera, del hospital, de la terrible palabra con olor a muerte que me perseguía. Corrí tras de él una, dos, tres cuadras, hasta que llegó a una iglesia. Al lado del sencillo edificio, una casa anexa ostentaba un cartel:

«MI REFUGIO: Bienvenida mujer, queremos ayudarte en tu necesidad».

Mientras oraba sintiéndose abrazada por su Señor, se acercó Batuque, mascota oficial de la casa desde que la directora lo encontrara tirado. Se recostó a sus pies para que Janet lo acariciara.

«Mi amado Jesús, ¡qué increíble fue la manera en que me mostraste tu cuidado! Ahora sé que siempre habías estado allí, esperando que yo clamara a ti. Conocerte fue experimentar el verdadero amor, ser limpia de todo mi pasado, aprender a perdonar, recibir la ayuda y la fuerza para vivir y dar vida. ¡Gracias, Señor! Yo también te amo (suspiró). Permíteme guiar en este camino de restauración a la chica que llegó hoy. Pido por esta corderita herida, sé que la amas mucho a ella también. Amén».

La silueta de la muchacha nueva se asomó tímidamente al patio. Limpia y con nuevas ropas, parecía que una paleta de acuarelas la había retocado.

—¡Qué bien luces!

De un salto, Janet llegó junto a ella y le pasó con cariño la mano por el hombro.

—Justo estoy por salir a buscar a mi hija al jardín de niños. Queda aquí cerca, ¿me acompañas? Podemos conversar en el camino.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Aunque Jesús amó a todos sus discípulos por igual, Juan parece haberlo experimentado de una manera intensa y especial. En su evangelio, se refiere a sí mismo como «el discípulo a quien amaba Jesús» y cuenta que se recostaba a su lado.

En sus escritos el amor es un tema central, tanto el profundo amor de Dios como el que sus hijos podemos dar a otros cuando hemos sido cambiados por Él.

Inicio, medio, final:

- **Si este es el inicio de la historia de Janet, ¿qué te imaginas que pasó después?**
- **Si esta es la mitad de la historia de Janet, ¿qué te imaginas que pasó antes?**
- **Si este es el final de ambas historias, ¿cómo terminó ese día?**

9

La entrega



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Crea espacio para aprender

Ponte cómoda y respira hondo tres veces. Dibuja un círculo en tu libreta. Escribe o dibuja tres pensamientos y tres sentimientos que están hoy en tu mente y en tu corazón. Mueve los pensamientos y sentimientos que puedan estorbar tu concentración en la lección de hoy fuera del círculo. Deja en el centro del círculo los pensamientos y sentimientos que puedan ayudarte hoy a ser receptiva al mensaje.

¿Sabías que muchos querían seguir a Jesús pero a mitad del camino dieron vuelta atrás? La realidad es que hay un precio a pagar si queremos seguir a Jesús. Analicemos a tres personas que quisieron, pero algo se los impidió.

¿Qué sucedió con este seguidor?

Mientras caminaban, alguien le dijo a Jesús:

—Te seguiré a cualquier lugar que vayas.

Jesús le respondió:

—Los zorros tienen cuevas donde vivir y los pájaros tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene ni siquiera un lugar donde recostar la cabeza.

(Lucas 9:57-58)

Seguidoras de Jesús

Cuando eres seguidora de Jesús recibes una doble nacionalidad, por así decirlo. Aunque sigues en este mundo y vives en una ciudad específica, acudes a una escuela en particular y asistes a la iglesia de tu comunidad, ahora formas parte de un nuevo pueblo: el de Dios. Estás «en Cristo», por lo tanto, tus valores son los del cielo, no los de la tierra.

Obviamente, como ya dedujiste, esto formará parte de una tensión constante en tu día a día. Comes al igual que los demás, vistes ropa para salir, estudias para tener una carrera, planeas casarte y tener hijos un día, pero, por el otro lado, tu manera de ver la vida ha cambiado drásticamente.

Te cuesta mentir porque sabes que está mal. Buscas la pureza a pesar de que el mundo a tu alrededor hace lo contrario. Evitas las imágenes y las palabras que contaminan tu mente. Ese es el precio a pagar. Ser un seguidor costará que no tengas un «lugar dónde recostar tu cabeza». Es decir, ya nunca serás de este mundo.

Veamos la siguiente historia. ¿Qué le dijo Jesús a este otro seguidor y cuál fue su respuesta?

Dijo a otro:

—Ven, sígueme.

El hombre aceptó, pero le dijo:

—Señor, deja que primero regrese a casa y entierre a mi padre.

Jesús le dijo:

—¡Deja que los muertos espirituales entierren a sus propios muertos! Tu deber es ir y predicar acerca del reino de Dios.

(Lucas 9:59-60)

Quizá la respuesta de este joven te parece razonable, pero la contestación de Jesús impacta. Tienes razón. No es algo fácil de digerir. Verás, el joven no estaba entre algo bueno y algo malo sino entre dos relaciones válidas. Ahora, este versículo no

implica que su padre ya hubiera muerto. Al parecer, lo que este joven decía era: «Nada más que mi padre envejezca y muera, me uno a tus seguidores». Como puedes ver, ahí radicaba el problema y es probable que te resulte familiar.

Tal vez quieres seguir a Jesús, pero lo harás cuando acabes la escuela, o cuando te gradúes de la universidad, o cuando te cases, o cuando tengas tiempo. ¿Ves el problema? Jesús le dice a este joven que hoy es el día de predicar el reino de Dios, no mañana.

Eso es lo que nos pide Dios también hoy. Ahora es cuando debes compartir de Jesús a tus compañeras de salón, a tus amigos más cercanos, a tus maestros y familiares, y eso requiere obediencia.

Finalmente, un tercer hombre se acerca a Jesús. Esta es su historia:

Otro dijo:

*—Sí, Señor, te seguiré, pero primero deja que me des-
pida de mi familia.*

Jesús le dijo:

*—El que pone la mano en el arado y luego mira atrás
no es apto para el reino de Dios.*

(Lucas 9:61-62)

En tiempos de Jesús, los que araban hacían líneas derechas mientras se enfocaban en un objeto en la distancia, quizá un árbol. Si el agricultor miraba constantemente hacia atrás, empezaba a irse chueco y a dañar su terreno.

A esto se refiere la entrega: a un sacrificio que debes realizar todos los días, al poner tus ojos en Jesús y seguir adelante en el camino de la fe.

¿Fácil? No, pero vale la pena. Vivir para Dios es lo mejor que puedes hacer.

Lee el siguiente cuento histórico que nos habla del costo de seguir a Jesús.



El poder de las palabras

POR KATHERINE DE ESTRADA

1805, Parroquia San José Palencia. Katalina sería presentada a la sociedad en su confirmación.

«Apúrate mijita, debes decir que sí a todo lo que diga el padre Matías. No sonrías, mantén la mirada baja y asiente con la cabeza cada vez que te hagan una pregunta. Todos te estarán viendo y la señorita Mercedes te llevará sólo si ve que eres una niña sumisa».

1789, dieciséis años antes.

Yamil había quedado embarazada de Katalina, después de que su patrón había abusado de ella. En ese tiempo don Vicente era un criollo poderoso de cuarenta años que había quedado viudo, pues doña Mercedes había muerto dando a luz a su hija, a quien en su honor también llamaron Mercedes. Yamil era la «nana» de esa pequeña, quien estaba en sus años de infancia.

—No dirás nada. Seguirás cuidando a Mercedes. Un mes antes vendrá por ti el sacerdote, él te llevará con las Carmelitas. Ellas se encargarán —le dijo Don Vicente a Yamil, cuando supo de su embarazo.

1790, Convento de las Carmelitas.

—¡Es niña! Una hermosa niña, Katalina... — susurró sor Inés.

—La niña se quedará con las monjas —insistió don Vicente—. Podrás visitarla cada primer sábado de mes. Asegúrate de que sea obediente y fiel católica. Después de su confirmación, Katalina será la pajecita de la señorita Mercedes. Si aprende a obedecer, tendrá mejor vida que tú.

1797.

Katalina era una niña traviesa e inquieta. Siempre estaba siendo castigada. Pero sor Inés la quería y la cuidaba con especial atención. Ella misma le enseñó a leer en español y latín. Pero cuando Yamil, su madre, la visitaba sólo podía hablar con ella en Kaqchikel, una lengua maya guatemalteca.

«Los idiomas serán tu arma más poderosa. Te menospreciarán los criollos y los indígenas, pero tú nunca menosprecies ni el español ni el kaqchikel», la sermoneaba sor Inés cada vez que Yamil llegaba de visita.

—¿Mami? ¿Por qué sor Inés quiere que hablemos en kaqchikel y no en español? ¿Qué es lo que podré hacer que no puedes tú? Al final tú también hablas español.

—Porque tú tienes lo mejor de las dos partes: el rostro de ellos y mi corazón. Por tu rostro te pagarán los patrones, pero por tu corazón te escuchará nuestro pueblo.

—Pero ella dice que nadie me querrá.

—Te querrá ella y te querré yo. Eso te debe bastar. Ya verás cómo el oro borrará esa indiferencia. No tendrás que sufrir como yo ni como nuestro pueblo. Estarás sobre nosotros, por eso no te querrán. Pero no olvides que eres parte de nosotros. Intenta siempre ganar la simpatía de los patrones, pero nunca te fíes de nadie.

—Mamá, ¿y el latín cómo me servirá?

—Eso es juego, mijita. No le prestes atención. No sé por qué la sor Inés se empeña en que leas latín. Te servirá sólo para distraerte. Cuando estés aburrida, lee en latín. Pero trata de nunca aburrirte.

1805, Parroquia San José Palencia. Katalina fue presentada a la sociedad con su confirmación.

«Katalina, espera», gritó sor Inés. «Toma este libro; está en latín. No te enseñé lo suficiente, lo importante de su mensaje. Lo has leído para aprender el idioma, pero cuando te sientas

perdida, léelo. No importa si no entiendes, sigue leyendo. Sé que te salvará».

1807, Hacienda Palencia. Katalina revisa la contabilidad de los tributos recogidos.

—Apresúrate, Katalina. Necesito esas cuentas para hoy.

—Sí, señorita Mercedes. Sólo hay un nombre que no me cuadra. No aparece en todos los registros. Hay algo mal con sus tributos.

—No te hagas la lista conmigo, Katalina. Esa es tu tarea. No intentes explicarme. Resuélvelo.

—¿Señor Josefino? Estoy revisando los tributos que reporta don Vicente, pero hay un tal José Pop que aparece a veces y muchísimas otras irregularidades parecidas.

—Eso, Katalina. Tenía razón don Vicente al decir que serías de ayuda. Ven cada sábado. Tú me ayudarás con la recolección y solucionaremos este y muchos problemas similares.

—¡Criolla mal parida! —la insultó una campesina que escuchaba la conversación, mientras le lanzaba una mirada de odio.

—¡Señora, yo estoy de su lado! ¡Sólo quiero justicia! —le contestó con una sonrisa forzada y con cara de sorpresa.

—No les hagas caso —interrumpió Josefino—. Nos tratan así siempre, pero de allí no pasará.

—Gracias, señor Josefino.

—No digas gracias, toma esta moneda de oro. Hoy te has ganado una extra. Recuerda, si alguien te trata mal, cóbrale más. Así aprenderán a respetarte. Eso sí, cóbrales en tu idioma, eso los tranquilizará. Ese es el poder de nuestras palabras. Ahora toma tu almuerzo y come antes de que vengan los patrones.

—Sí, señor Josefino. Gracias.

Su madre Yamil y sor Inés tenían razón. Nadie la quería. Los criollos le pagaban bien, pero la trataban con desprecio. Podía verse como ellos y hacer sus mismas tareas, pero debía estar siempre separada de ellos y, por supuesto, usar siempre su

uniforme de moza. Los indígenas la aceptaban cerca, pero no la incluían en sus actividades, ni le dirigían la palabra.

1810, Hacienda Palencia.

Katalina compró un cerdito de los que sólo comían en la hacienda de don Vicente. Pensó que era una buena forma de ganarse a las amigas de su madre.

Sin embargo, una por una se lo rechazó. Y parecía que les había llevado un insulto en lugar de un regalo.

—¡Estoy cansada, mamá! ¡No le he hecho nada malo a nadie! ¿Por qué me tratan así? Yo no quiero ser blanca, soy como tú y como ellos.

—Lo sé, mi amor. Tienes el mismo corazón que yo. Pero no vives como ellos y no tienes que hacerlo. Nosotros no tenemos opción. Aguanta, tú vivirás diferente. Aprenderás a ignorar el dolor de tu pueblo y la indiferencia de tus patrones.

—No aguantaré. Yo sólo quiero justicia, ¿por qué es tan difícil?

—La vida no es justa, Katalina. Nuestro pueblo sufre. Eso tampoco es justo.

—Pero no es justo que no paguen el tributo.

—Es más complicado que eso, Katalina. Pero no olvides: sirve a los blancos, pero no saquees demasiado a tu pueblo, o nunca te escucharán.

Katalina se sentía perdida. Recordó su libro de latín. Lo abrió y empezó a leer, pero no entendía nada y lo cerró.

Decidió seguir los consejos de su madre. Aprendió a ser dos versiones de sí misma.

Ante sus patrones se mostraba dura con su pueblo y siempre obtenía buenas ganancias. No la trataban igual que ellos, pero le pagaban bien. Y ante su pueblo se mostraba dura con los patrones; burlándose de ellos. De esta forma la trataban mejor. Todavía se reían de ella y no la invitaban a todas las fiestas, pero al menos era bienvenida en algunas casas.

Eso sí, sabían que llevaría un bonito presente. Además, siempre que veía que un campesino no la quería, le cobraba más.

1815, Hacienda Palencia.

—¡Katalina! Yamil está muy enferma. Debes venir a verla.

Katalina dejó el banquito donde cobraba el tributo y corrió a casa de su madre.

—Tiene un fuerte dolor de estómago. Lleva así tres días. No sé si sobrevivirá. Será mejor que te despidas de ella.

—No, no estoy lista para esto. Hace dos meses que sor Inés me abandonó y no soportaría otra pérdida.

—Apúrate, mijita. Será peor si no te despides.

Katalina entró llorando y nomás al sentarse en la cama se desmayó.

—Estás bien, Katalina. No te asustes. Te puedes quedar aquí.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi madre?

—Estás en el convento, aquí estarás segura. Tú madre está en un mejor lugar.

—¡No, no, noooo!

—Tranquila, Katalina. No pasa nada. Estarás bien. Con lo que has ganado, ya no necesitas trabajar.

—¡No me importa el dinero! ¡Sólo quiero a mi madre! No quiero estar sola. ¿De qué me sirve toda esa riqueza? No hay nadie que me acepte; soy despreciable para todos.

—No es cierto lo que dices, Katalina. Parece que se te han olvidado todas las lecciones que nos enseñó sor Inés en latín.

—¿A qué te refieres?

—A Jesús, Él te quiere.

—¿Jesús? No sé de quién estás hablando. No recuerdo a ningún Jesús que me quiera.

—No seas tonta, Katalina. No me refiero a ningún «Chus», me refiero al Jesús del que habla la Vulgata Latina.

—Estás loca.

—No, no lo estoy. Parece que todos estos años no has leído la Vulgata que te dio sor Inés.

—He estado muy ocupada. Y no me he aburrido.

—No seas testaruda, Katalina. Lee, y no pares de leer.

1817, llega al convento un mensaje de parte de la señorita Mercedes para Katalina.

«El deber llama. Los campesinos protestan porque no quieren pagar el tributo y necesitamos tu ayuda. Si vienes, puedes cobrarles tres veces el tributo y dos partes son tuyas».

Katalina se puso su uniforme de moza, metió una manzana y su Vulgata en una bolsa, y se fue a la hacienda de la señorita Mercedes.

—¡Tranquilos! —dijo en idioma Kaqchikel—. El tributo ha subido porque los blancos tienen miedo. Saben que ustedes son poderosos. Sólo con recibir las tres monedas se tranquilizarán. Pero el dinero los distraerá y se despreocuparán. ¡Paguén el tributo y, cuando menos lo piensen, ustedes los dominarán!

La multitud de campesinos se tranquilizó al oírla hablar en su idioma. Pero no estaban convencidos de su mensaje.

—Nos miente; ellos sólo nos explotan —se oía entre los murmullos.

—Tienen razón —gritó Katalina—, pero créanme, esto es lo mejor. Ellos pueden hacernos mucho daño, tienen mucho poder. Pero sólo les interesa el dinero. ¿Qué vale más? ¿El dinero o nuestras vidas? ¡Démosles el dinero, quedémonos con nuestras vidas!

La multitud escuchaba y, aunque no estaban contentos, empezaron a pagar el tributo uno por uno.

—Pero tú te quedas con tu vida y con tu dinero. Mejor dicho «nuestro dinero» —le reclamó un campesino que dejaba sus tres monedas.

Esto era lo que hacía Katalina todos los días. De una hacienda se iba a otra. De cada tributo obtenía dos de tres monedas. Tenía casi el mismo poder económico que sus patrones, pero se sentía vacía y perdida.

1820, Katalina acostumbraba practicar su latín.

«Vengan a mí los que están cansados y cargados, y yo los haré descansar».

Katalina quería descansar, estaba cansada y cargada.

«...lleven mi yugo sobre ustedes, aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas».

«¿Quién es Él?», se preguntaba mientras no podía parar de leer. «Necesito volver a empezar o me perderé la historia».

Katalina leyó veinte veces el evangelio de Mateo. No podía creer lo increíble que era Jesús. Su compañera del convento tenía razón. Jesús la amaba. Él había dejado todo por venir a buscar a personas como ella: perdidas, cansadas y malvadas.

Mientras leía por vigésima primera vez el Evangelio, se detuvo en el capítulo nueve, verso nueve: «Cuando Jesús se fue de allí, vio a un hombre llamado Mateo, sentado en la oficina de los tributos, y le dijo: Sígueme».

Katalina estaba sentada en el banquito en el que cobraba los tributos y sentía que estas palabras de Jesús le hablaban directamente: «Sígueme».

«Yo quiero seguirte. Quiero ser como tú. Quiero seguir tus pasos de humildad y amor. Muéstrame tus pisadas y ayúdame a seguirte», oró Katalina.

Mientras más leía y más reflexionaba en el asunto, decidió que su forma de imitar a Jesús sería dejando su riqueza para servir a los demás y hablándoles del amor de Jesús que puede transformar.

Katalina renunció a su trabajo. Empezó a visitar a los campesinos a los que antes les cobraba y los invitaba a su hogar: a comer, a dormir y a escuchar la traducción de una porción del libro en latín. Siempre terminaba diciendo:

«El poder de las palabras no está en el español ni en el kaqchikel. Ni siquiera está en el latín. El poder de las palabras está en aquel que pronunció ese “sígueme” y en quien está dispuesto

a responder “te seguiré”. Seguir a Jesús te puede costar todo lo que tienes, pero tendrás algo de más valor».



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Mateo, el discípulo, también vivía en dos mundos, entre Roma e Israel, el enemigo y su pueblo. Pero su vida cambió cuando decidió seguir a Jesús. Renunció al dinero y la comodidad para seguir a un humilde carpintero. ¡Qué gran ejemplo!

Cuaderno del reportero: Identifica los hechos y eventos del cuento. Luego, identifica los pensamientos y sentimientos de los personajes en el cuento. ¿Cómo se conectan los eventos con los sentimientos?

10

Las cicatrices



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Color, símbolo, imagen

1. *Escoge un color que consideres que representa mejor el tema de las heridas.*
2. *Escoge un símbolo que consideres que capta la idea de las cicatrices.*
3. *Escoge una imagen que consideres que represente la idea de la renuncia o el dolor.*

Antes de subir al cielo, Jesús se presentó a los discípulos, ya resucitado.

Mientras hablaba, les mostró las heridas de sus manos y su costado.

(Juan 20:20a)

¿Por qué Jesús siguió con heridas en ese cuerpo nuevo y glorificado? ¿Por qué no las borró? ¿Tú traes heridas a costas?

Todos las tenemos. Los discípulos de Jesús las tuvieron. Todos ellos llegaron a Jesús con cicatrices de sus malas decisiones o del abuso de otros en su contra. Todos tuvieron que entregar a Jesús sus heridas.

De hecho, las heridas de Jesús nos recuerdan lo que costó nuestra salvación y el desprecio que sufrió. Esas heridas tienen un propósito: mostrar su gracia.

Seguir a Jesús, implica, tarde o temprano, entregar esas heridas. Cuando le damos a Jesús aquello que nos duele, Él sana las dolencias.

El propósito de las cicatrices es que podamos consolar a los que pasan por lo mismo.

Solemos olvidar que la vida de fe consta de una relación personal con Dios y las relaciones con los que nos rodean. Muchas veces culpamos a Dios por las heridas que las relaciones personales nos han provocado. ¿Te ha pasado?

Sin embargo, la vida de un seguidor de Jesús es muy clara:

Luego Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su propia manera de vivir, tomar su cruz y seguirme. Si tratas de aferrarte a la vida, la perderás, pero si entregas tu vida por mi causa, la salvarás. ¿Y qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma? ¿Hay algo que valga más que tu alma?».

(Mateo 16:24-26)

La primera condición del seguidor de Jesús es negarse a sí mismo, o como dice esta versión, abandonar nuestra propia manera de vivir.

Si examino con atención las cicatrices en mi cuerpo, puedo asegurarte que muchas de ellas son resultado de que quise hacer mi voluntad. Las caídas que tuve, muchas veces, fueron porque no escuché el consejo de mis padres y corrí más rápido, o no revisé mis alrededores o salí de casa cuando no era recomendable.

Para seguir a Jesús es necesario que nos quitemos del pedestal o del volante y cedamos el control de nuestras vidas a

Seguidoras de Jesús

Cristo. Esta es probablemente una de las cosas más difíciles que Dios nos pide.

Nos encanta dirigir nuestras vidas. Nos fascina buscar nuestro propio beneficio. Sin embargo, si queremos tener una relación sana con Dios, debemos ceder el control.

En segundo lugar, debemos tomar nuestra cruz. A los discípulos les quedaba muy claro este concepto. Los reos acusados debían cargar su propio instrumento de tortura hasta el lugar de la ejecución.

En otras palabras, debemos vivir conscientes que quizá hoy podemos morir, no sólo porque siempre estamos expuestos a un accidente o porque esperamos la venida del Señor, sino porque hoy hay algo que debe ir al patíbulo y ser ejecutado. Puede ser nuestra tendencia a mentir o el chisme que dijimos ayer, o el rencor que acariciamos y mimamos.

Por último, debemos seguir a Jesús. Aunque hemos hablado mucho del tema, quizá es algo teórico y no práctico. Seguir significa ir detrás. Tristemente, nos encanta adelantarnos, ir al lado o tomar atajos. ¿Podemos hoy dar el siguiente paso detrás de Jesús? De nuevo, esto implica darle las riendas.

Los hombres y las mujeres de fe que admiramos aprendieron que para tener una buena relación con Dios debían ceder, perder, rendirse.

Abraham, el amigo de Dios, debió esperar un milagro para tener un hijo a los cien años. David tuvo que entregar el cetro de su trono a Dios cuando echó todo a perder por una noche de pasión. José, encarcelado sin ser culpable, debió rendirse y dejar que Dios cambiara su corazón a uno de perdón para enfrentar a sus hermanos.

No son palabras fáciles de digerir. No encontrarás muchos artículos que hablen de cómo rendirte, cómo humillarte o cómo morir a ti misma. La mayoría de los escritos nos dirán lo contrario: cómo tener éxito, cómo avanzar en el mundo y cómo hacer tu voluntad.

Sin embargo, no hay nada más valioso que tu alma, la que sin duda, trae cicatrices. ¿Cómo dejar de caerte y lastimarte? Rinde el control a Jesús. ¿Qué hacer con las cicatrices que ya tienes? Dáselas a Jesús y Él hará algo con ellas.

A final de cuentas, Él también porta con amor sus propias heridas.

Lee este cuento sobre cicatrices.



Cicatrices

POR JULIANA MORILLO

A dos semanas de la boda, los preparativos estaban casi listos. Los amigos y hermanos, emocionados, habían organizado y distribuido las tareas. Entre todos, harían de este momento el más especial. ¡Esta pareja se lo merecía!

Sebastián... ¡ah! ¡Cuánto había sufrido de pequeño, al huir con su mamá y tres hermanos de la violencia de una apartada zona rural! Esforzado estudiante, había logrado vencer obstáculos hasta graduarse. Ahora era maestro en la misma escuela donde estudió y le faltaban dos años para graduarse como psicólogo. Su interés y chispa con los niños y niñas, le había ganado el cariño de todos.

—Mira pues, joven Sebastián, ¡te decidiste! —exclamó doña Estela la esposa del sastre, mientras ajustaba las medidas de su traje.

—Para que vea, doña Estelita, que lo que le dije no era mentira. Valió la pena la espera. ¡Me siento el más afortunado, y sólo cuento los días hasta esa fecha!

—¡Qué brazos tan largos tienes, muchacho! ¡Te voy a cobrar más por la tela!

—No moleste, doña Estelita, que si usted no me hace el traje, ¡hasta en harapos me voy a casar!

Salió presuroso, para comprar un café y llegar pronto a enseñar a la escuela con una sonrisa dibujada en su rostro.

—¡La novia, caray! ¡Qué hermosa está usted, señorita!

Siempre era así el abuelo don Segismundo; espontáneo y alegre. Había entrado al salón de eventos una pequeña y atractiva mujer, la prometida de Sebastián, para ultimar detalles del menú que ofrecerían para la cena.

De piel trigueña, ojos grandes y cabello castaño, Tamita había llegado a la ciudad hacía tres años, como migrante desde el lejano país de Croacia, con su madre y hermana. Su marcado acento mediterráneo y su carácter recio la distinguía de otras mujeres en la zona. Ayudaba a su familia en una pequeña tienda de variedades que habían establecido.

Tamita sonrió levemente en respuesta a los elogios, pero sin pronunciar palabra. Sus pensamientos la habían llevado lejos de este salón de eventos. Algo la inquietaba desde hace días y no lograba puntualizarlo. Era un recuerdo extraño, insistente pero difuso, como cubierto por una nube densa y lúgubre. Intentaba descifrarlo, pero lo eludía.

—Buenas tardes, don Se-ges-mun-do —indicó con su pausado acento croata, haciendo un esfuerzo inmenso por alejar sus recuerdos—. Vengo a probar el menú, como me pidió.

—¡Lo mejor de lo mejor para ustedes! ¡Eso me han pedido los padrinos! Pase a la cocina, señorita.

Tamita no podía creer toda la generosidad de esa gente, y de la pequeña iglesia que los había acogido con tanto cariño, y ahora les organizaba la boda.

Después de catar el delicioso plato que ofrecería el restaurante ese día, preparado artísticamente por manos de doña Clemencia, esposa de Segismundo, Tamita aprobó el menú agradecida y salió caminando tranquila. Pero pronto volvió a

sus cavilaciones, aún sin lograr traspasar esa nube espesa y misteriosa que le turbaba la memoria.

Con los días, una sensación de pánico creciente comenzó a apoderarse de ella. ¿Sería capaz de llegar al día de la boda? ¿Qué diría su querido Sebastián si ella le confesara sus inexplicables temores?

Era mejor callar y tratar de descifrar sola lo que estaba pasando. ¿Por qué la mera presencia de su novio cuando paseaban juntos al atardecer, ahora la inquietaba? ¿Y por qué al sentir su brazo, tenía temor, hasta fastidio y, por momentos, hasta ganas de huir? Se sentía confundida e hipócrita. Todo era muy extraño, y esas sombras en su memoria que venían y se iban, dejándole una sensación de temor y perturbación!

Tamita, consciente de su situación, y entrando un poco en pánico al saber que ya faltaban pocos días para su matrimonio, evaluó entre sus amistades:

«¿En quién podría confiar realmente? ¿En Susana? No, ella es muy joven y quizás estará demasiado ocupada para realmente escucharme. ¿Mi mamá? No, ella no me entendería, más bien me reclamaría: “¿Por qué estás dudando? Si Sebastián es ‘un ángel’ y ¡cómo se te ocurre siquiera tener dudas!” ¿Quién más podría ser?».

¿A quién podía acudir que no la acusara y que pudiera escucharla y ayudarle a descifrar esta encrucijada?

Siguió hurgando pacientemente entre sus conocidos y amistades hasta que recordó a doña Elvira, una mujer viuda que formaba parte de la pequeña comunidad de fe a donde iba Sebastián.

Elvira era ese tipo de mujer que inspiraba confianza, a pesar de ser mayor. Ya de sesenta años, era alegre, conversadora y se interesaba por la gente... incluyendo a los más jóvenes. Era a la vez una persona algo enigmática: caminaba encorvada, con un hombro como dislocado, y cojeando un poco, pero siempre con un aire alegre y seguro.

«¡Sí, podría funcionar! Iré a ella».

Seguidoras de Jesús

Escaso la conocía, pero podía advertir en esta mujer cierta quietud, robustez de carácter y sabiduría. La última vez que Tamita la había visto en la comunidad, ella le había dicho que pasara a tomar un café y le había indicado dónde vivía.

Tamita caminó esperanzada hacia la casa de Elvira. Quizá estaría allí y ojalá pudiera ayudarle a descifrar algo de lo que le estaba pasando.

Llamó a la puerta. El corazón de Tamita latía con fuerza. Elvira se acercó con lentitud a la puerta y abrió.

—¡Ah, Tamita! ¡Estaba pensando en ti y en cómo irían esos preparativos! Entra, si quieres, y te preparo un café.

Cojeando, Elvira la guió hasta su cocina; un lugar sencillo, pero ordenado, con muchas plantas, una mesita y dos sillas. Un sitio que Tamita nunca olvidaría y que sería como un bálsamo para su alma.

Acompañadas de un delicioso café, preparado sobre un fogón sencillo, poco a poco con la charla, los recuerdos fueron saliendo con mayor claridad. Como si esa densa nube que los bloqueaba, fuera moviéndose despacio.

Los recuerdos entraron por sorpresa y en forma muy dolorosa. Llegaron fresquitos como si hubieran sucedido ayer. Todo el temor, la indefensión, la vergüenza. Tamita comenzó a llorar en silencio, sin parar. De sus ojos salían chorros de lágrimas y sollozos que no se detenían.

Elvira sostenía con ternura la mano de Tamita, mientras ella lloraba. Permanecía solidaria, sin interrumpir lo que percibía que era algo profundamente doloroso que necesitaba sacar.

—¡Perdón, doña Elvira!

—Tami —le respondió Elvira con cariño— No tienes que decir nada. Aquí estoy para acompañarte en tu dolor.

Por espacio de casi una hora, Tamita permaneció así, pasmada, llorando, recordando esas imágenes que durante tantos años había bloqueado de su mente. La mano un poco áspera pero cariñosa de Elvira, la aseguraba. Sin decir palabra, la acompañaba con su mirada solidaria y comprensiva.

Recordó aquel día cuando con sólo seis años, su mamá había tenido que dejarla en casa para ir a trabajar. Llevando a su hermanita al hombro, le dijo:

—Quédate tranquila hijita, vengo más tarde para cocinarte el almuerzo. No molestes a los dueños sino quédate callada.

—Sí, mamita —le respondió.

Su mami alquilaba dos pequeños cuartos de una quinta. Los dueños de la quinta vivían en las habitaciones principales. Tamita les tenía respeto. La doña era amable, aunque seria y de pocas palabras. Su esposo, según recordaba Tamita, era algo obeso, de apariencia descuidada y con un carácter fuerte.

Tamita desde su cama, escuchó salir a su mamá por la puerta principal, y con ella, la dueña de la casa quien iba al mercado. Después de unos minutos de silencio, Tamita escuchó unos pasos, y vio extrañada que el dueño de la casa entró a su cuarto.

Le ofreció unos dulces y le dijo que irían a jugar en el cuarto de juegos. Recuerda que al estar jugando, el dueño se le había acercado incómodamente para acariciarla. Tamita no entendía nada de lo que estaba pasando. El resto de la historia que contó Tamita quedó en la intimidad entre ella y Elvira.

Hasta entonces, recuerda, había sido una niña muy feliz a pesar de no tener padre. Nunca le contó a nadie lo sucedido. El dueño le había advertido claramente:

—Si le cuentas a alguien, ustedes se irán de la casa.

Vivieron dos años más en esa casa, hasta que su mamá logró juntar lo suficiente para migrar con ellas del país, buscando un mejor futuro.

Ese recuerdo, opacado con el tiempo, la había marcado y hasta ahora podía recordarlo. Con dolor, entendía por qué cada abrazo de Sebastián, cada gesto, le generaba sensaciones conflictivas. ¿Podría superar esto y corresponder a Sebastián su cariño?

Ya sin más lágrimas, Tamita bajó su mirada y la detuvo en las manos que la habían sostenido todo este tiempo. Notó algo

extraño que nunca había visto. En las manos y brazos de Elvira había cicatrices profundas, escondidas, vestigios de heridas pasadas. Levantó la mirada, y encontró los ojos de Elvira que la miraban comprensiva, con aceptación y empatía.

Saliendo de su ensimismamiento, Tamita articuló:

—Usted no me ha contado... —se detuvo. Y luego, con su mirada preguntó: —¿Puedo tocarlas?

Elvira asintió. Tamita tocó con delicadeza las cicatrices. Elvira le mostró también su hombro dislocado, y apuntó hacia su pierna coja, asintiendo suavemente.

—Son marcas de heridas que han sanado, Tamita. Heridas que en su momento me quebraron, pero que hoy representan para mí, sanidad y vida. Ya ves, llegué acá con todas estas heridas. Por varios años las guardé. Creía que debía sonreír y tratar de olvidarlas. Pero un día compartí mi dolor y mis heridas con un pequeño grupo de mujeres. Ese día me escucharon y me consolaron. ¡Gracias a Dios y a ellas no seguí cargando con estas heridas sola! Sentí a Jesús más cercano que nunca, y me sentí libre.

—¡Ah, doña Elvira! Entonces son heridas que no sólo han sanado, sino que ahora sanan a otros, ¿cierto?

Elvira simplemente asintió con su cabeza y en ese momento, Tamita pudo ver unas lágrimas, pero no de dolor, sino de empatía y esperanza.

Tamita salió liviana de aquella casa, entendiendo que Dios la aceptaba con su pasado. Aun esas heridas profundas que recién descubriría podían ser sanadas con la ayuda de Dios, y transformarse en sanidad y compasión hacia otros. Dio gracias por Elvira quien la había escuchado sin condenarla. Supo enseguida que tenía que ir a hablar con su prometido.

Aquella misma tarde, después de conversar largo tiempo con Sebastián, se reconfortó con su respuesta:

—Tami, gracias por contarme. Sabía que algo te molestaba. ¿Sabes? ¡Yo te amo y te acepto tal como eres!

El día de la boda, Tamita lucía reluciente, con su vestido de encajes. Miró de reojo entre los invitados y encontró allí los ojos expectantes y orgullosos de Elvira. Tamita sabía ya que nadie la condenaba por su herida escondida. Al contrario, podía encontrar consolación y sanidad. Era tan valiosa como cualquier otra mujer y nadie podía robar su dignidad ni su felicidad, en el camino que hoy iniciaba con Sebastián.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Algo similar a esta historia le pasó al apóstol Tomás, llamado el Gemelo. Estaba compungido por la muerte del Maestro y por perder la oportunidad de verlo resucitado. Jesús reconoció esta necesidad. Se apareció a sus discípulos de nuevo, animando a Tomás a que tocara sus heridas y metiera la mano en su costado.

Las marcas de Jesús no desaparecieron en su resurrección, sino permanecieron para recordarle a Tomás y a otros que Él también había sufrido, que venía para sanar las heridas y traumas de ellos, y para dar nueva vida.

Así como ser vulnerable en un espacio seguro de comunidad se convirtió en una experiencia sanadora para Tamita, así también nos hace bien caminar con otros quienes también han sido heridos y sanados. El Espíritu Santo nos ayuda a emprender el camino para que nuestras heridas se tornen en experiencias de renovación.

Antes y ahora: Completa esta frase con base en lo que aprendimos en esta lección sobre las experiencias dolorosas y las cicatrices.

Antes pensaba.... ahora pienso...

El perdón



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Piensa, inquiétate y explora

1. *¿Qué sabes sobre el perdón?*
2. *¿Qué te inquieta sobre el tema del perdón?*
3. *¿Qué te gustaría explorar sobre el perdón?*

La vida del discípulo, como ya dijimos, se basa en una relación personal con Dios y una relación con los demás seres humanos: sus colaboradores, sus enemigos y sus prójimos.

Las relaciones personales, como siempre sucede, no carecen de roces y problemas, así que desde muy temprano los discípulos aprendieron sobre el perdón. Desde el primer sermón de Jesús, Él dejó en claro que tener una relación sana con Dios implica tener una relación sana con los demás.

...y perdónanos nuestros pecados, así como hemos perdonado a los que pecan contra nosotros... Si perdonas a los que pecan contra ti, tu Padre celestial te perdonará a ti; pero si te niegas a perdonar a los demás, tu Padre no perdonará tus pecados.

(Mateo 6:12, 14-15)

Al enseñar sobre la oración, Jesús nos recuerda que no podemos llegar al trono celestial sin haber arreglado primero las cosas con aquellos con los que convivimos.

Quizá, después de tres años de trato diario, los discípulos empezaron a cuestionarse esta enseñanza. ¿Cuántas veces debía Pedro perdonar a Mateo sus ronquidos? ¿O hasta cuándo los apóstoles debían soportar los aires de grandeza de Juan y Santiago? ¿Y qué de la impetuosidad de Pedro? ¿Y la pasividad de éste o aquél?

Pedro se animó a preguntar sobre el tema y seguramente no esperaba esta respuesta:

Luego Pedro se le acercó y preguntó:

—Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a alguien que peca contra mí? ¿Siete veces?

—No siete veces —respondió Jesús—, sino setenta veces siete.

(Mateo 18:21-22)

Imagino que la expresión en los rostros de los discípulos mostró su falta de aprobación, así que Jesús procedió a contar una historia:

Por lo tanto, el reino del cielo se puede comparar a un rey que decidió poner al día las cuentas con los siervos que le habían pedido prestado dinero. En el proceso, le trajeron a uno de sus deudores que le debía millones de monedas de plata. No podía pagar, así que su amo ordenó que lo vendieran —junto con su esposa, sus hijos y todo lo que poseía— para pagar la deuda.

El hombre cayó de rodillas ante su amo y le suplicó: «Por favor, tenme paciencia y te lo pagaré todo». Entonces el amo sintió mucha lástima por él, y lo liberó y le perdonó la deuda.

Pero cuando el hombre salió de la presencia del rey, fue a buscar a un compañero, también siervo, que le debía unos pocos miles de monedas de plata. Lo tomó del cuello y le exigió que le pagara de inmediato.

El compañero cayó de rodillas ante él y le rogó que le diera un poco más de tiempo. «Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré», le suplicó. Pero el acreedor no estaba dispuesto a esperar. Hizo arrestar al hombre y lo puso en prisión hasta que pagara toda la deuda.

Cuando algunos de los otros siervos vieron eso, se disgustaron mucho. Fueron ante el rey y le contaron todo lo que había sucedido. Entonces el rey llamó al hombre al que había perdonado y le dijo: «¡Siervo malvado! Te perdoné esa tremenda deuda porque me lo rogaste. ¿No deberías haber tenido compasión de tu compañero así como yo tuve compasión de ti?». Entonces el rey, enojado, envió al hombre a la prisión para que lo torturaran hasta que pagara toda la deuda.

Eso es lo que les hará mi Padre celestial a ustedes si se niegan a perdonar de corazón a sus hermanos.

(Mateo 18:23-35)

¿Qué nos enseña esta parábola sobre el perdón?

El tema del perdón no es sencillo, pero Dios no nos deja alternativa. No hay nada que alguien pueda hacerte que sea mayor a lo que tú y yo hemos hecho contra Dios. Si Él nos ha perdonado por completo, ¿quiénes somos nosotros para negar a otros el perdón?

Los que seguimos a Jesús debemos aprender a perdonar. No tenemos excusa alguna para vivir encarcelados por resentimiento o sed de venganza. Ninguna ofensa en nuestra contra está por encima del perdón. Así que, aprendamos a otorgar el perdón en imitación de nuestro Maestro.

Lee el siguiente cuento sobre una seguidora de Jesús que aprendió a vivir en libertad.



El poder de un nombre

POR KEILA OCHOA HARRIS

La lluvia cae sobre el techo de lámina como si alguien lanzara pequeñas pelotas contra él. El frío se cuele por la ventana con grietas. Valeria Judith Clementina se cubre hasta la barbilla, con una manta que huele a humedad. Las gotas de lluvia caen con más fuerza, provocando que el ruido se vuelva ensordecedor.

La puerta principal se abre. Valeria Judith Clementina escucha las voces de sus padres del otro lado de la cortina. Su pequeña casa es en realidad un solo cuarto largo dividido por cortinas que componen tres habitaciones: una para su hermano, una para sus padres y la suya.

La voz distorsionada de su padre le comunica que ha bebido otra vez. ¿Cómo puede alguien amar y odiar al mismo tiempo a otra persona con tal intensidad? Valeria Judith Clementina se muerde el labio mientras escucha los reclamos de su madre. Ella trabaja todo el día en una lavandería para mantenerlos, mientras que su padre se va y se gasta todo en alcohol.

Valeria Judith Clementina se pregunta si su hermano estará escuchando música con los audífonos como acostumbra. Eso espera, así no tiene que oír la misma letanía de siempre. La tormenta aumenta, así que las voces se diluyen y cierra los ojos. No puede evitar que las lágrimas mojen sus mejillas.

«Señor, ayúdanos».

¿Valeria? Mi mejor alumna, si me lo pregunta. No soy la maestra más popular en la preparatoria, dado que doy la clase de Matemáticas y, como usted comprenderá, muchos piensan que es una carrera para varones, no para mujeres. Pero personas como yo, y como Valeria, los desmentimos.

Esa niña tiene una curiosidad insaciable por los números. A las personas como nosotras nos gusta resolver problemas y hallar una solución para todo, y de esa forma darle un poco de sentido a este mundo confuso y desequilibrado.

Tener control sobre algo, como un problema de álgebra, nos trae paz, ya que las complicaciones de nuestra vida están fuera del alcance de nuestras manos.

Verá, la vida de Valeria no es sencilla. Su padre es alcohólico. Lo he visto en la calle dando tumbos, después de una de sus fiestas. Son bastante pobres, pero Valeria lo oculta bien.

Decidí trabajar en una escuela pública y no me arrepiento. Estoy aquí por personas como Valeria. Todos merecemos una oportunidad. En cualquier estrato social hay mentes brillantes como la suya.

Valeria Judith Clementina se pone el uniforme y se observa en el espejo. Su padre da ronquidos desde el fondo de la casa. Su hermano ya se ha ido a la secundaria donde estudia. Su madre salió temprano al trabajo. Los jueves Valeria Judith Clementina entra un poco más tarde.

Sus padres le dieron tres nombres como si uno no fuera suficiente. Querían honrar a las dos abuelas, la materna y la paterna, pero su padre insistió en añadir Valeria. «Tus nombres significan algo», le dijo.

Valeria Judith Clementina planea investigar los significados de sus nombres porque sus padres, en realidad, no se han dado a la tarea de hacerlo y ella lo ha ido postergando, quizá

porque el tiempo no le sobra. Desde los siete años, después de la escuela, se encarga de atender la casa.

Calienta lo que su madre deja para comer. Lava los trastes. Barre y trapea. Atiende a los dos perros y los tres gatos, que no son los mismos cada año, pues los animales no viven para siempre. Por alguna razón a su madre le trae consuelo tener animales, pero Valeria Judith Clementina no está tan segura de su elección.

A los siete años, en la escuela primaria, una niña le dijo algo que la marcaría para siempre: «Hueles a pobre».

La había apuntado con el dedo índice provocando que ella se sonrojara y agachara la vista.

¿Cómo olía la pobreza? ¿Serían los animales? ¿Sería porque no lavaban la ropa muy a menudo por la carencia de agua o que no tenían una lavadora que hiciera todo el trabajo?

Por eso se compra perfumes de imitación para esconder ese olor que ella misma no percibe, pero que debe cubrir ante los demás como si de eso dependiera su vida. Así que se contempla de nuevo en el espejo y se rocía más loción.

«Señor, que huelas bien».

Los maestros le dicen Valeria, pero nosotros Judith. Es callada en clase, pero siempre está allí, es decir, no falta. Uno sabe que puede acercarse para pedirle la tarea o preguntar por las fechas de los exámenes. Además, es buenísima en Matemáticas. Siempre saca buenas calificaciones.

A mí me gusta. No se lo he dicho aún, pero es porque no me atrevo. Ella es diferente a las otras chicas. Salí ya con dos de sus compañeras al cine, pero no me atrevo a pedírselo a ella. En primer lugar, no sé qué tipo de películas le gustan. No es como que uno pueda decir malas palabras frente a ella. De algún modo, uno se siente mal haciéndolo.

Seguidoras de Jesús

Por otro lado, es tan tímida que quién sabe cómo responda. Sus amigas dicen que nunca ha tenido novio. Yo creo que es culpa de su papá. Todos sabemos que bebe mucho. Me da pena por ella. A pesar de todo, es ella quien siempre ayuda a los demás.

Hace un año diagnosticaron a mi mamá con cáncer. Judith me anotaba las tareas y me mandaba mensajes de texto para recordarme los exámenes o trabajos para entregar. Supongo que fue entonces cuando me enamoré de ella.

También me mandaba textos de la Biblia. Leerlos me traía un poco de consuelo. Ella prometió orar por mí y supongo que funcionó. El cáncer de mi mamá está en remisión. Me gustaría presentarle a Judith y contarle que ella oró por su salud. Tal vez pronto la invite a tomar un café. Creo que sería menos amenazante que el cine.

Por fin se han dormido los dos niños. Hilda, de cinco años, duerme boca abajo. Gustavo, de tres, se ha enredado en su manta, pero Valeria Judith Clementina tardó tanto en lograr que se durmieran que no se atreve a moverlos.

Se va a la sala y se acuesta en el sofá. La señora Azucena y su esposo llegarán a media noche. Valeria Judith Clementina se gana un poco de dinero como niñera de esa dulce pareja que conoció en la iglesia a la que asiste. La señora Azucena es pintora y a veces tiene exposiciones. Su esposo es contador.

Ella se identifica más con la personalidad objetiva del esposo que con el carácter versátil de la señora Azucena, quien a menudo usa overoles con manchas de pintura. Su estudio, en el cuarto al fondo del patio, es un caos creativo, como ella lo llama.

A veces el corazón de Valeria Judith Clementina amenaza con romperse cuando cuida de Hilda y Gustavo. En primer lugar está la casa, muy diferente a la suya, grande, amplia y con

muchas ventanas que dejan entrar el aire fresco y que, con su cómoda sala y su chimenea, provee un acogedor refugio en días de neblina.

Por otro lado están los cuadros en la pared que la señora Azucena colecciona. Si su padre no estuviera atrapado por el alcohol, quizá sería un pintor famoso. Cuando no está ebrio, su papá pinta casas. Toma brochas gruesas y cubre las paredes de blanco, ocre o beige.

Cuando ella cursaba el preescolar, la directora le pidió decorar una de las paredes de un salón. Su padre pintó a Simba y Mufasa, los personajes de su película preferida. Todos alabaron su talento, pero él sólo se encogió de hombros.

En la iglesia le pidieron, y le pagaron, por decorar los salones de clases infantiles. Pintó el arca con los animales. Tardó más de seis meses, pues después de dos semanas de intenso trabajo, pasaba otras dos intoxicado. Valeria Judith Clementina y su madre se morían de la vergüenza, pero ni el pastor ni los demás se quejaron. Aguardaron con paciencia esos seis meses. ¿Habría sido por amor a ellas?

«Señor, ¿te amo a ti? ¿O te amo y te odio como a mi padre? Te quiero, y mucho. Pero a veces no tanto. Te culpo por lo que le ocurre a mi papá. ¿Por qué no lo cambias?».

Mis hijos la adoran. La apodan Clemen. Viene dos veces por semana y cuando tengo exposiciones. Se sienta a jugar con Hilda y con Gustavo en el suelo. La veo gateando por la sala fingiendo ser un caballo y le gusta leerles.

Su padre es un hombre con talento, pero no comprendo por qué no puede dejar de beber. Va a la iglesia cuando está bien, pero no se ha entregado por completo a Dios. Sólo Él puede quitarle esa necesidad que tiene por el alcohol.

Por mi parte, yo cuido de Clementina. Mi esposo y yo vemos que es una buena estudiante. Ya hablé con su mamá, aunque

no con ella. Mi esposo y yo queremos apoyarla para que entre a una buena universidad. Podemos ayudarla a conseguir una beca.

Ella quiere estudiar algo relacionado con las Matemáticas, cosa que no entiendo. Pero no tengo que hacerlo. Después de todo, me casé con un contador. Solo creo que tiene más talentos escondidos. Veo cómo convive con los niños y me impresiona. Estoy expectante de lo que Dios tiene planeado para ella.

Llueve de nuevo, como es típico en su ciudad. Valeria Judith Clementina se cubre con su paraguas, mientras que su madre abraza a su hermano. Los hombres cubren el ataúd de su padre con tierra húmeda y ella no puede derramar lágrimas. Aún no.

Siente la presencia de la señora Azucena y su familia a la derecha. Del lado opuesto han venido sus maestros del colegio y sus compañeros. Su maestra de Matemáticas la mira con sumo cariño. Julio le trajo flores y no le despega la vista.

Ella sólo desea despedirse de su padre. El amor ha vencido al odio. La noche anterior a su partida, él le rogó el perdón a Dios, a su madre y a ellos. Valeria Judith Clementina le creyó. Lo abrazó y también le pidió perdón: perdón por haberlo odiado tantas veces y por no haberlo sabido ayudar.

Las personas de la iglesia cantan, pero la lluvia sigue. Algunos comienzan a desbandarse porque se aproxima una tormenta. Su madre la sujeta del brazo. Deben marcharse. Antes de subirse al taxi que los llevará a casa, la señora Azucena le pasa un trozo de papel.

«Me lo pidió tu padre» dice y se aleja.

Ella abre el papel que contiene sólo tres líneas y entonces se desborda en llanto.

Valeria, valiente
Judith, alabada
Clementina, compasiva



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Poco sabemos de Judas (alabanza) Lebbeo (corazón tierno) Tadeo (valiente), salvo los tres nombres por los que es mencionado en el texto bíblico, y la mejor decisión que hizo en su vida: seguir a Jesús.

Pensando en imágenes: ¿Cómo se parece Valeria Judith Clementina a ti? ¿Cómo no se parece Valeria Judith Clementina a ti?

El sufrimiento



FUSIÓN DE VIDA Y FE: Puntos de vista

1. *¿Cuál es el punto de vista sobre el sufrimiento de alguien que tiene mucho dinero, salud y fama?*
2. *¿Cuál es el punto de vista de un cristiano chino que sufre persecución?*
3. *¿Cuál es el punto de vista sobre el sufrimiento de una joven madre que no tiene para dar de comer a sus hijos?*
4. *¿Cuál es tu punto de vista sobre el sufrimiento?*
5. *¿Cuál es el punto de vista de Dios sobre el sufrimiento?*

Por alguna razón hemos creído que seguir a Jesús nos libra de todos nuestros problemas. En realidad, lo que hace seguir a Jesús es ayudarnos a vencer los problemas, pero no nos exenta de ellos.

Sin contar a Judas Iscariote, los once discípulos de Cristo, según lo que nos dice la historia, murieron de forma violenta.

La tradición nos dice que Pedro murió crucificado en Roma, Andrés murió atado en una cruz en Grecia, Juan fue exiliado a una isla, a Jacob lo mató Herodes a espada, Natanael fue des-pellejado y decapitado, Felipe pudo haber sido crucificado en Egipto, Tomás fue apuñalado en la India, Mateo fue atravesado por lanzas en Etiopía, el otro Santiago murió como mártir, Judas

padeció en Armenia y Simón el zelote quizá haya muerto por violencia en Edessa.

Si todos los seguidores originales de Jesús padecieron persecución, ¿qué nos hace pensar que nosotras pertenecemos a un mundo diferente? Ciertamente en algunas zonas geográficas del mundo actual el cristianismo no resulta una amenaza. Sin embargo, hoy día, miles de cristianos viven amenazados por su fe en otras partes del mundo.

Desde el principio, Jesús nos lo advirtió.

Dios los bendice a ustedes cuando la gente les hace burla y los persigue y miente acerca de ustedes y dice toda clase de cosas malas en su contra porque son mis seguidores.

¡Alégrense! ¡Estén contentos, porque les espera una gran recompensa en el cielo! Y recuerden que a los antiguos profetas los persiguieron de la misma manera.

(Mateo 5:11-12)

¿Has sufrido alguno de estos maltratos? ¿Por qué razón sufriremos persecución?

Si el mundo los odia, recuerden que a mí me odió primero. Si pertenecieran al mundo, el mundo los amaría como a uno de los suyos, pero ustedes ya no forman parte del mundo. Yo los elegí para que salieran del mundo, por eso el mundo los odia. ¿Recuerdan lo que les dije? "El esclavo no es superior a su amo". Ya que me persiguieron a mí, también a ustedes los perseguirán. Y, si me hubieran escuchado a mí, también los escucharían a ustedes.

(Juan 15:18-20)

Seguidoras de Jesús

Fíjate en esta promesa de Jesús:

—Así es —respondió Jesús—, y les aseguro que todo el que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o bienes por mi causa y por la Buena Noticia recibirá ahora a cambio cien veces más el número de casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y bienes, junto con persecución; y en el mundo que vendrá, esa persona tendrá la vida eterna.
(Marcos 10:29-30)

La vida de un seguidor de Jesús no implica que carecerá de problemas, persecución o angustia. La diferencia es que Cristo está con nosotros y no nos abandonará.

Si lo piensas fríamente, no hay una sola persona en este mundo que carezca de enfermedades, situaciones complicadas y problemas. Incluso la persona que más admires en el mundo traerá a cuestras una serie de heridas, desazones y dolores de cabeza. La diferencia está en la promesa de Jesús:

Les he dicho todo lo anterior para que en mí tengan paz. Aquí en el mundo tendrán muchas pruebas y tristezas; pero anímense, porque yo he vencido al mundo.

(Juan 16:33)

Seguir a Jesús no es fácil. Como ya hemos visto, trae un costo que muchos no están dispuestos a pagar. Sin embargo, no seguir a Jesús es todavía más peligroso. No seguirlo se resume en una vida en donde no hay perdón, no hay amor, no hay crecimiento, no hay propósito, no hay misión, no hay compañía y, a final de cuentas, no hay vida eterna.

Siempre tendremos opciones y caminos para elegir. En la vida espiritual sólo hay dos: con Cristo o sin Cristo. Tu decisión definirá tu vida aquí y en la eternidad. ¿Qué has decidido?

Lee la historia de una de las muchas jóvenes que hoy día sufren persecución por seguir a Jesús.



Razón para vivir, razón para morir

POR GRACIELA ROZAS

Los habían descubierto. Los vio venir a través de la ventana. Formaban una turba ruidosa y desbordante de ira; pero Shahida los miró con amor. Ella también había estado allí, también había gritado y experimentado furia. Entonces se sintió el estruendo y el estallido del vidrio.

Shahida creció escuchando que los cristianos estaban comandados por intereses extranjeros, que querían engatusarlos para llevarse sus riquezas; siempre los había visto como colonialistas y enemigos de la cultura y religión de su pueblo. Y ella amaba a su pueblo: amaba el sonido acariciante de su idioma, los vaivenes ondulantes de su música, los mercados estallantes de colores y aromas, y las celebraciones solemnes que los unían.

Todos estos aspectos, los mínimos y los omnipresentes, estaban atravesados por un mismo hilo poderoso: su religión. No cabía en su mente la idea de cuestionarla, aunque ciertos aspectos le producían un poco de escozor intelectual y alguna sensación de aprisionamiento.

Por ejemplo, el hecho de que fueran siempre los varones quienes tuvieran más libertades y privilegios, que el cuerpo de las mujeres se tratara como algo perverso que se debía tapar, o que pronto sus padres le arreglarían un matrimonio y su esposo pasaría a ser su dueño.

Pero confiaba en que todo esto tenía una razón y que serviría para protegerla.

La amenaza era, en cambio, que vinieran con otra religión a querer trastocar su mundo. Sus profesores en la escuela les

advertían fuertemente contra esto: los cristianos comenzarían hablándoles de otro Dios, y terminarían imponiéndoles conductas desvergonzadas, blasfemas, antipatriotas, ¡quién sabe si hasta usándolos de espías para otros gobiernos!

Shahida era una luchadora; tenía un fuego interior que no le permitía permanecer pasiva. Así que cuando los líderes religiosos de su pueblo descubrían algún encuentro entre cristianos e iban a acosarlos, ella los acompañaba con sus gritos y a veces arrojando piedras.

En una de esas ocasiones, en que descubrieron una reunión cristiana, mientras sacaban al padre de familia a empujones para golpearlo a la vista de todos, sus ojos se detuvieron en la mujer y los hijos, quienes llorando suplicaban clemencia desde la puerta. ¡No podía ser! ¡Allí estaba Adila, la estudiante más destacada de su clase! La que no solamente sacaba las mejores notas, sino que siempre estaba dispuesta a ayudar a sus compañeras. ¿Cómo podía ser ella una cristiana?

Al otro día, Shahida se encargó de que toda la escuela supiera la condición de Adila. Nadie quería estar vinculada a una traidora, así que pronto quedó relegada a un rincón, sin amigas. Varios profesores comenzaron a hostigarla y a bajar sus notas sin razón. «Se lo tiene merecido», pensaba Shahida, a la vez que sentía un aguijón de remordimiento al verla tan sola. «No podemos permitir que nos infecte con sus ideas blasfemas».

Pero las cosas cambiaron en la familia de Shahida, al igual que sus preocupaciones. El último bebé que tuvo su mamá, que tanta alegría había traído a su padre por tratarse de un varón, comenzó a mostrar signos preocupantes. Tenía un bulto extraño en la espalda, no se le veía mover los bracitos y piernas como otros niños aunque pasaban los meses; su cabecita no se erguía y parecía aumentar extrañamente de tamaño.

Cuando al fin lograron viajar a la ciudad capital y atenderlo en un hospital, el diagnóstico los golpeó con unas palabras extrañas: «espina bífida». Ese niño enfrentaría dificultades toda

la vida, posiblemente nunca caminaría por sí mismo, ni llevaría una vida normal.

Al volver a su pueblo, Shahida y su madre supieron ahora lo que era vivir la vergüenza y el rechazo de su comunidad. Un discapacitado era casi una maldición para la familia. Las miradas se volvieron sospechosas, los vecinos cuchicheaban a sus espaldas y su padre despotricó contra el cielo por enviarle ese niño que sería una carga.

Ordenó que su esposa y el bebé quedaran relegados a las habitaciones del fondo de la casa y que se le ocultara. Buscó una nueva esposa, despreciando a su madre y hermanitos. Incluso el futuro de Shahida se veía amenazado, ya que sería difícil arreglarle un buen matrimonio, con ese estigma en la familia. El fuego nacionalista de su corazón se transformó en desilusión, tristeza y abandono.

Entonces el rostro dulce de Adila vino para iluminar su mundo. Todos los días se le acercaba y con suavidad le preguntaba: —¿Cómo está tu hermanito? Estoy rogando a Dios por él.

Ese gesto de amabilidad la desconcertaba. Se suponía que Adila era despreciable, sin embargo ahora era la única que le mostraba aprecio. Poco a poco fueron cayendo sus barreras de prejuicios y anhelaba cada día encontrarse con ella para contarle sus penas.

—¡Tengo una buena noticia! —le dijo emocionada su nueva amiga un día—. Una familia de misioneros cristianos vendrá a instalarse en nuestro pueblo, ¡y adivina qué! ¡Pondrán un Centro de Salud! Él es médico, y ella es terapeuta, especialista en discapacidades... ¡podrán tratar a tu hermanito!

En su mundo, a las personas discapacitadas se les ocultaba, no se les trataba. Difícilmente su padre aprobaría que lo llevaran allí. A Shahida no le pareció que esto fuera posible. Y con duda expresó:

—¿Por qué querría un cristiano atender a alguien del pueblo, corriendo el riesgo de ser insultado, golpeado y despreciado?

Seguidoras de Jesús

—Por amor, Shahida, por amor. Eso es lo que pone Jesús en nuestros corazones. Él nos enseñó a amar aun a nuestros enemigos, como Él nos amó a nosotros primero. A pesar de ser sus enemigos, vino a dar su vida para salvarnos de nuestros pecados.

Estas palabras sonaban muy raro en el corazón de la joven. Trastornaban todo su andamiaje de seguridades, su bagaje de reglas y ritos a cumplir para intentar ser aceptada por Dios, su división del mundo en hermanos o enemigos. Descartó así la idea de acercarse al recién instalado Centro de Salud.

Al principio, las puertas abiertas del humilde pero limpio edificio, mostraban un interior vacío. Los vecinos tenían desconfianza y miedo de ser señalados. Pero las necesidades eran muchas y cuando los primeros en acercarse fueron bien atendidos y salieron aliviados, uno a uno se fueron llenando los consultorios. Adila seguía insistiendo, hasta que un día en que su padre estaba de viaje, Shahida convenció a su madre para que llevaran a su hermanito a una consulta.

La sorpresa fue grande cuando fueron recibidas por la pareja de misioneros. ¡No eran rubios europeos, como ella pensaba! Su piel era casi tan oscura como la suya, y vistiendo su chilaba y su caftán, bien podían ser confundidos con los locales. Aunque con bastante dificultad, se esforzaban por hablarles en su idioma con afecto y por escucharlas.

Revisaron al bebé y les dieron esperanza de que con las medicinas y tratamientos que ellos le darían y mucha paciencia podría un día llegar a caminar con ayuda. Al terminar la consulta, les pidieron permiso para hacer una oración por el niño. Shahida sintió que una gran paz la inundaba al escuchar las palabras sencillas y sentidas con las que hablaron a su Dios.

—¿De dónde son? —le preguntó a Adila al siguiente día, después de contarle atropelladamente todo lo vivido.

—De Argentina —y ese nombre le sonó a misterio. Lo buscó en el mapa que colgaba en el aula, y los imaginó dejando esa tierra tan lejana para instalarse entre ellos. ¡Qué extraño!

—Así que no todos los cristianos son blancos imperialistas, ¿no deben aprender a hablar inglés y vestirse como ellos?

—¡Claro que no! —rió Adila— Hay cristianos en todas las culturas, con idiomas y costumbres diferentes. Seguir a Jesús no se trata de cambiar por fuera, sino de que Él te cambie por dentro.

Shahida debía admitir que, pese a lo que siempre había pensado, cada vez le resultaba más atractiva la vida de su amiga y de los amables doctores del Centro de Salud. En su interior se levantaban muchas preguntas, y las charlas con su amiga cada vez eran más largas. Cuando ésta ya no pudo responder a sus inquietudes, le propuso que fueran juntas a conversar con la misionera.

Una tarde, una inolvidable tarde, Shahida leyó en la Biblia que le habían regalado: «He aquí yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz, y abre la puerta, cenaré con él y él conmigo». Cerró los ojos y sintió tan cerca la presencia de Jesús, que en un susurro le dijo:

—Sí, oigo que estás llamando a la puerta de mi corazón. Ven, límpiame de mis odios y pecados, quédate conmigo para siempre. Quiero ser tu seguidora.

De ahí en más, su fe y su pasión se volcaron a un nuevo canal. Era tanto el alivio y la alegría que sentía, y su rostro como un espejo de su corazón lo reflejaba tan bien, que todos en su hogar y en la escuela notaron el cambio. Sabía que debía tener cuidado, que era peligroso, pero no podía dejar de hablar de Jesús a quienes le preguntaban. Estaba convencida de que en Él estaba la verdadera liberación que su pueblo necesitaba.

Los momentos que más disfrutaba eran cuando podía reunirse con otros cristianos. Lo hacían cada vez en una casa diferente, para no despertar sospechas. Buscaban días y horarios en que pudieran pasar desapercibidos. Llegaban de uno en uno, y disfrutaban de ese tiempo juntos compartiendo sus luchas y triunfos, escuchando la Palabra de Dios y orando unos por otros. Era como vivir un pedacito de cielo.

Para Shahida era todo un ejercicio de ingenio encontrar excusas para salir de su casa y asistir a esos encuentros, pero sentía que Dios la guiaba y protegía. Aunque sabía lo mucho que arriesgaba, estaba dispuesta a todo. Por algo al nacer le habían puesto ese nombre, que significa testigo, mártir.

Así pasó más de un año, hasta que llegó ese domingo de Pascua. Un grupo se había reunido muy temprano en una casa, recordando la gloriosa mañana de resurrección. Habían intentado ser discretos, pero no lograron escapar a la vigilancia de algunos vecinos. Al poco rato se comenzaron a escuchar los amenazantes gritos.

Los habían descubierto. Los vio venir a través de la ventana. Formaban una turba ruidosa y desbordante de ira; pero Shahida los miró con amor.

El siguiente lunes, en los periódicos de algunos países del mundo, aparecía una breve noticia: «...un grupo de fanáticos religiosos encerró y atacó con bombas caseras el hogar donde se celebraba un culto cristiano. Debido a los precarios materiales con que estaba construida la casa, el lugar ardió con rapidez, provocando la muerte de todas las personas allí reunidas. Fuentes oficiales repudiaron el hecho...».

Mientras tanto, en el cielo Shahida era recibida con un abrazo y las gloriosas palabras de su Señor: —Bien, buena sierva y fiel.



FUSIÓN DE VIDA Y FE:

Simón el Zelote es uno de los apóstoles de los que menos sabemos por las Escrituras. Sin embargo, el apodo de “zelote” nos indica que pertenecía a un grupo político, de personas fervientes nacionalistas que se oponían con fuerza a la dominación del Imperio Romano. Podemos deducir que el llamado de Jesús lo convirtió de fanático revolucionario a

ardiente propagador del Reino de Dios. La tradición dice que puede haber llegado a predicar en el norte de África y que murió como mártir, posiblemente aserrado.

Aunque estas historias de los primeros tiempos del cristianismo nos conmueven, debemos saber que hoy día hay miles de cristianos que sufren persecución, tortura y muerte por su fe en Cristo. ¡Son nuestros hermanos y hermanas! ¿Los acompañaremos con nuestras oraciones?

Un paso adentro, un paso afuera, un paso atrás:

- **Da un paso adentro.** Ponte en los zapatos de Shahida. ¿Qué opinas sobre el sufrimiento?
- **Da un paso afuera.** ¿Qué más te gustaría aprender para comprender mejor a Shahida?
- **Da un paso atrás.** ¿Qué notas sobre tu propia perspectiva y qué se necesita para que pienses más en los cristianos perseguidos del mundo?

¿Te fue útil este estudio?

Nos encantaría saber de ti.
Escríbenos a milamex@milamex.com

En Milamex ediciones tenemos
una amplia variedad de libros
para toda la familia.

Si deseas conocer otras publicaciones
de nuestra editorial
entra a: milamex.com